

Seguir su camino (edición revisada y aumentada). Un itinerario filosófico¹

François Dagognet & Patrick Vighetti

Advertencia al lector²

Hace una docena de años le solicité a François Dagognet, mi antiguo profesor en el Facultad de Filosofía de Lyon, que escribiera un librito de entrevistas que lo presentara más directa y personalmente, que sus obras fundamentales de “pura filosofía”.

Fui más que satisfecho; no solamente su generosidad y su talento han producido estas vivaces páginas que nos brindan un excelente “retrato” no solo del pensador trabajando (con algunas confesiones sin duda difíciles, sus dudas, a veces sus interrogaciones sobre su propio proceder), sino de su manera de mostrar cómo su reflexión filosófica ha atravesado los campos más importantes tanto del saber como de la práctica humana; así nos ofrecen un verdadero “Discurso del método” (a pesar de las anotaciones bachelardianas y negativas contra una tal noción) para uso de los que quieran pensar un universo profundamente renovado por las técnicas.

Método o, como él lo propone, “camino” (pero ¿es claramente diferente?); henos en todo caso ante una singular manera de pensar, y de dar qué pensar (pues ise acompaña de buen grado a quién aclara!). En efecto, el acento se pone no tanto en la diversidad (y yo añadiría: ¡la impresionante cantidad!) de los acontecimientos acumulados a lo largo de sus estudios, sino en las ocasiones de hacerlos converger hacia una comprensión sintética y dinámica del mundo, así iluminado.

Su paciencia le permitió a la frágil editorial de la época de solo publicar el texto en 1996. Y luego, golpeada por la crisis de la edición, Paroles d’Aube no ha podido darle a la obra su plena difusión, antes de desaparecer a su vez.

La passe du vent ha deseado retomar la antorcha. Mejor aún, ella ha planteado su deseo de un capítulo suplementario (y complementario) sobre el lenguaje, la lengua y la escritura, su relación con las ciencias, con la poesía, con la personalidad misma de un autor.

¹ François Dagognet & Patrick Vighetti. *Seguir su camino (edición revisada y aumentada). Un itinerario filosófico*. Genouilleux: la passe du vent, 2006, pp. 1-85. Traducido del francés al español de Luis Alfonso Paláu C. Medellín, junio de 2015.

² Este texto apareció inicialmente en 1996 en las ediciones Paroles d’Aube con el título *Encaminamiento*.

Este capítulo faltaba (¡hubiera debido reclamarlo desde el comienzo!): cuando se escribe, en filosofía, sobre su propio transcurso intelectual ¿cómo no consagrar una parte de su reflexión a la escritura misma, como a su propia escritura (al menos en tanto que a su obra escrita)? A decir verdad, François Dagognet ha consagrado muchos libros o capítulos a la escritura científica o literaria: *Escritura e iconografía*³; *Cuadros y lenguajes de la química*; el *Trastorno*⁴ (Mau-passant)... Ciertamente ha elogiado también los bellos análisis bachelardianos de la poesía (*Filosofía de la imagen*⁵...), o también la originalidad poética de un Francis Ponge (el *Elogio del objeto*⁶) o los caligramas de Apollinaire... Pero yo deseaba desde hacía mucho tiempo arrancarle alguna confidencia de lector, sobre sus preferencias más o menos discretas o sobre su propio gusto por las palabras; y también algunas confidencias de autor, sobre su vivacidad completamente sabia, su pavorosa capacidad para forjar términos densos de sentido, verdaderas pasarelas entre los dominios del saber. En suma, un encaminamiento también a través de las páginas leídas o la propia página de escritura (las dos o tres páginas que en otra parte confiesa escribir todos los días, ¡fuentes de esta obra abundante y monumental!).

Terminando con una reflexión sobre la utilidad fundamental de la filosofía (definida aún por la generosidad: “enseñar la reflexión al mayor número de personas”); así “el bucle se riza” puesto que la obra abría con una pregunta tocante a la naturaleza misma de la palabra “filosofar”; tenemos el conjunto acabado, logrado, enriquecido con una nueva coherencia a propósito de un “encaminamiento” personal que, bastante ejemplar (a pesar de isu modestia omnipresente!) invita al viaje reflexivo, a la meditación de las enseñanzas entregadas, al menos a la sorpresa ante ¡un tan vasto, activo y fructuoso repaso general!

Quiero entonces agradecer acá de todo corazón a dos personas: Thierry Renard, quien tomó la afortunada iniciativa de reeditar este agotado libro; y naturalmente a François Dagognet, a quien le renuevo toda mi gratitud; el estudiante de Filosofía que se benefició con su enseñanza marcadora en Lyon, el lector insaciable que soy de su sesentena (¡y más!) de títulos, no podía soñar con algo mejor que “suscitar” un poco más de páginas y afirmaciones estimulantes de parte de isu Maestro sin igual!

Patrick Vighetti

³ Tr. por María Cecilia Gómez B. para el curso “Materiólogos, objetología”. Universidad Nacional de Colombia. Escuela de estudios filosóficos y culturales. Medellín, Febrero de 2003. Última corrección febrero de 2007

⁴ Tr. Luis Alfonso Paláu C. Medellín, junio – septiembre de 2011

⁵ Tr. Luis Alfonso Paláu C., Medellín, marzo de 2006 – marzo de 2007

⁶ *por una Filosofía de la mercancía*. Tr. Luis Alfonso Paláu C., curso de contexto “Materiales, materiólogos, objetología/abyectología”. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Medellín, Octubre 12 de 2002

Prefacio a la primera edición

Gracias a las generosas preguntas que Patrick Vighetti me ha hecho, expongo el trayecto de un filósofo que ha tratado, equivocado o con razón, de no atrincherarse en la historia de la filosofía. No porque él busque ignorarla o aminorarla, sino porque les necesario no encerrarse en ella!

El lector deberá excusar el empleo simultáneo del “yo” y del “nosotros”; en este último caso (el nosotros), la nota me ha parecido menos personal y más susceptible de ser asumida por muchos. Confesamos también que el “yo” implica tantas dificultades que hubo que luchar para introducirlo.

Deseo que este modesto itinerario interese, o divierta, o informe al que lo siga conmigo.

Hemos tratado sucesivamente de la formación del filósofo (en la Universidad), luego de la biomedicina, del derecho, y del arte contemporáneo, porque, al filósofo, nada le debe ser ajeno. Ejercicio peligroso tanto como pretencioso (a causa del vagabundeo y de la amplitud), pero también indispensable (la recuperación de todo sin excepción)! Filosofar consiste, en efecto, en abrazarlo todo.

(Verano de 1992)

Capítulo primero

¿Qué es filosofar?

Usted pide que se conecte la filosofía con la Modernidad y que se la alivie así de su antiguo estatuto: el del amor por la sabiduría. ¿Qué quiere entonces decir filosofar en la actualidad? ¿No existe pues una actividad perenne de la filosofía?

En efecto, la palabra filosofía nos parece tan inmemorial, *indesraizable* como inadecuada.

Los antiguos la forjaron. En presencia de un mundo dividido, hostil, perturbador, ellos se apresuraron. Quisieron dotar al hombre de medios destinados a apaciguarlo, y por esto la benefactora sabiduría.

A ellos les faltaban nuestros medios transformacionales. Además, se dedicarán a la defensa de los equilibrios. No cesarán también de temer los desbordamientos pasionales, “el espíritu de dominación”, las técnicas que no se dominan suficientemente.

Privilegiarán la naturaleza; desconfiarán de lo propiamente manufacturado, considerado como un artificio. Los esclavos serán suficientes para realizar los trabajos indispensables; por consiguiente no tenían ninguna necesidad de recurrir a aparatos y a máquinas.

De forma más general: en esta óptica, los filósofos enseñaron a los hombres la Ascesis: “*non desiderabis artifices, si sequeri naturam*” (no echarás de menos los artificios si sigues la naturaleza). Aprende a contentarte con ella, ilimita tus deseos! Rico con solo un vaso de agua y un higo iel sabio rivalizará de felicidad con los dioses! El discípulo conocerá entonces la calma, la serenidad.

Por otra parte –Séneca nos lo enseña– el uso de los cristales transparentes, el calorífero de las casas, la estenografía fueron inventados pero por esclavos industriosos. Sin embargo, esos descubrimientos pliegan el alma al cuerpo, dan facilidades a este.

Platón, en el *Fedro*, desarrolla un punto de vista cercano, con el mito de Theuth.

Esta suerte de demonio vino a buscar al rey Thamus; había inventado la numeración, el cálculo, la geometría, la astronomía, el tric trac, y sobre todo la escritura. Le rogó al rey que los difundiera entre los egipcios.

Con el fin de convencer al rey, Theuth argumentó así. “La enseñanza de la escritura, ioh rey! hará más sabios a los egipcios y vigorizará su memoria: es el elixir de la memoria y de la sabiduría lo que con ella se ha descubierto”.

El rey respondió: “Ella producirá en el alma de los que la aprendan el olvido por el descuido de la memoria, ya que, fiándose en la escritura, recordarán de un modo externo, valiéndose de caracteres ajenos; no desde su propio interior y de por sí (...) Es la apariencia de la sabiduría, no su verdad, lo que procuras a tus alumnos” (275 a-b; O.C. Aguilar, pp. 881-882).

¡Que Diógenes se imponga entonces sobre Dédalo o sobre Ícaro!

Dédalo pasa por ser el inventor de los principales instrumentos (la sierra, las velas y los mástiles). Construyó el célebre laberinto donde fue encerrado. Pudo huir, con su hijo Ícaro, gracias a las alas que fabricó y que pegó con la ayuda de la cera. Pero, dado que Ícaro se acercó demasiado rápido al sol, esa cera se fundió y cayó en el mar Egeo. La suerte de Dédalo, aunque menos trágica no fue mejor.

Infortunio para iaquel o aquellos que rebasen su condición o violen las leyes de nuestro mundo! Por el contrario conviene tomar conciencia del orden que reina en el universo y respetarlo.

Otro tema que va en el mismo sentido: lo fabricado no puede moverse por sí mismo. Solo se lo puede activar desde afuera. Está minado de inercia. Y a la inversa, lo natural se mueve por sí mismo porque es animado, viviente.

Si se hunde un mueble de madera en tierra, en el límite podrá brotar por gemación, no otro mueble sino un árbol, dado que la madera es susceptible de

germinar. En cuanto a la forma de la cama, no estaba verdaderamente inscrita en ella; solo estaba pegada a ella, puesta encima; por esto se limita a deformarla y a someterla (provisionalmente) a sus designios. Permanece en la superficie o solo modifica el exterior. De todo esto se sigue un rechazo del prometeísmo o de la actividad manual.

El término sabiduría (y de ahí filo-sofía) vehicula esta visión restrictiva del mundo e infeudada en lo que es. También nos parece a la vez obsoleta y peligrosa.

En esta perspectiva, el propio Hipócrates, el fundador de la primera medicina, añadirá una nota al concierto de los griegos; según él el terapeuta no debe intervenir en el curso de la enfermedad que él trataría de cambiar; debe limitarse a favorecer su evolución (precipitar la crisis). *Natura sola medicatrix*. El cuerpo sabe defenderse; no lo sustituyamos (por esto de nuevo el elogio de la temperancia, de la medida). El organismo lucha contra el mal; expulsa entonces los humores pecantes (así llamados porque pecaban se excedían tanto por su cualidad como por su cantidad). El absceso no dejará de fistularse; el médico se contentará con ayudar eventualmente a la evacuación liberadora, en caso de que ella se revele difícil o dudosa. Solamente prolonga lo que el cuerpo buscaba. "¡Nada de encarnizamiento terapéutico!".

Hipócrates, como más tarde Platón, insistirá sobre los beneficios corroborativos de la naturaleza exterior; no solamente se preocupará por el régimen sino que justipreciará el clima, las aguas vivas (los baños), las atmósferas. Una vez más, el sabio desconfía de las drogas o de la farmacia, de los remedios peores que la enfermedad. No debemos brutalizar el cuerpo sino inspirarse en su propio funcionamiento.

¡Reduzcamos nuestras intervenciones! ¡Cultivemos la armonía! ¡Aceptemos lo que no puede ser cambiado! El sabio sabe y debe cumplir con la repartición entre lo que depende de nosotros y lo que no depende.

Esta filosofía de ayer, que hemos esquematizado, no merece ser absolutizada; ella no le debería prestar su nombre (el amor de la *sophía*, de la sabiduría) a la disciplina. El hombre moderno se inspira en otros valores, los del trabajo, los de la historia, los de la transformación desalienadora.

Juzga a la antigua filosofía desastrosa; sin necesidad de que haya que recurrir a Nietzsche, la considera por lo demás bastante hipócrita. En efecto, el filósofo no actúa sin segundas intenciones. Si domina sus deseos, se singulariza, esculpe su propia estatua, asegura su dominación. Podrá aconsejar e incluso gobernar. Si no domina para nada los acontecimientos y los materiales, podrá al menos comandar a los otros. La sabiduría podría servir de máscara al apetito de poder.

¿Será esta una anotación caricaturesca? Si acaso. Pero no podríamos ignorar que al margen de esta moral, el pensamiento griego debía echar las bases de una filosofía nueva; ella fundaba la reflexión sociopolítica, como también la económica; hacía los primeros análisis antropológicos (la psicología); no vamos a descuidar el nacimiento con ella de las primeras nociones de física y de biología (gracias a Aristóteles principalmente).

Las ciencias del mundo, y las del hombre, vinieron a sostener la meditación del sabio; es por esto que los antiguos no han dejado de contar. Y si criticamos la palabra (la filosofía), así como lo que recubre, no minimizamos el resto. Cuenta más que lo que parecía solamente sostener.

Pero usted ¿cómo definiría la filosofía, y quién (o qué) lo ha llevado a filosofar?

Filosofar actualmente –pero regresaremos sobre los griegos– consiste simplemente en tomar conciencia del mundo donde se vive y tratar de pensarlo. La filosofía no lo transforma verdaderamente (sueño de Marx) sino que ella puede, gracias a esta “reflexión”, participar al menos indirectamente en la amplificación de los movimientos que la atraviesan o la animan.

Conviene distinguir dos actividades muy confundidas:

a) La de la enseñanza de la filosofía como disciplina. Se limita esencialmente a informar sobre el pasado; se preocupa por “la historia de la filosofía”. No es algo despreciable, en tanto que el “cursus” de estudios es inseparable de programas, de concursos y de todo un aparatage administrativo, donde precisamente esta historia cuenta para lo esencial.

Por lo demás, un grandísimo riesgo pesa sobre él; el Estado lo toma a su cargo (y si no es él, se le asignará una institución). No se actúa pues inocente o gratuitamente. Tratará de vigilar o de plegar esta disciplina a fines políticos.

De ello resulta –por lo menos en Francia– una situación confusa: una historia de la filosofía falseada.

Retomaba a su manera un “platonismo blando”: la desconfianza de lo material, un espiritualismo fácil, la glorificación del solo pensamiento, de la libertad, del individualismo.

b) Pero existe otra dimensión de lo filosófico, lejos de la “República de los Profesores”, de las reglas o de los juegos universitarios; todo sujeto –científico, jurista, administrador– es filósofo a partir del momento en que él piensa su teoría o su práctica, busca comprenderlas o incluso aclararlas.

Por ejemplo, un eminente cirujano lyonés, René Leriche, ilustra muy bien este proceder; él escribirá una obra titulada *Filosofía de la cirugía*⁷.

Él se interroga sobre esta medicina y este análisis asegura un verdadero salto hacia adelante en su "arte". Él evoca su pasado. Trata de entrever el porvenir. Se pregunta cómo él mismo, a partir de algunas situaciones enigmáticas, ha logrado preconizar intervenciones en su tiempo inéditas. Crea así una verdadera "metodología".

Esta escisión dentro de la filosofía es suficiente para complicarlo todo.

1/ Notemos primero que el oficio de profesor de Filosofía –pues él es un oficio, con sus implicaciones (un salario, controles, una Corporación)– es de fecha reciente.

Antes del siglo XIX, solo se podían conocer pensadores que reflexionaban libremente sobre su propio saber, sobre la sociedad donde ellos vivían, sobre el mundo en general (el segundo movimiento que hemos distinguido del primero, aquel de la enseñanza). Naturalmente, estos "filósofos" vivían de ocupaciones diversas: Spinoza pulía lentes, Descartes pertenecía a los ejércitos, Leibniz era bibliotecario-diplomático; a veces, el filósofo se volvía preceptor, como el padre Condillac, pero él formaba a su ilustre alumno en retórica, en lecciones de historia, etc.

Luego de 1800, nacerá pues esa extraña profesión (historiador de la filosofía) que consiste en anexarse los pensadores, y dar cursos sobre aquellos que nunca enseñaron y que desconfiaban ellos mismos de toda escolástica.

Supongamos que ellos hubieran admitidos discípulos, seguramente nunca alumnos.

2/ Pero lo más importante viene ahora: estos filósofos no profesores, que sirven al juego de los profesores de Filosofía, inventaban, construían en efecto una filosofía, como hoy lo pueden hacer los científicos, los artistas, los hombres de Estado, los decisores. Seguramente. Pero entonces ¿cómo transmitirle a un estudiante en filosofía (que se forma en la profesión de profesor) esas filosofías que implican una teoría y una práctica problematizadas? Si el mismo no es un hombre del arte –y es claro que no lo es– ¿cómo comunicarle (y por qué si no para hacer de ellos discursos gratuitos, de segunda o de tercera mano) los dramas o las solas interrogaciones de quien las vivió?

¿Cómo no molestarse con que un no-matemático trate el problema de los fundamentos de las matemáticas, o que un cándido no experimentador, que ignora por principio las exigencias o las reglas de la manipulación, glose sobre ellas? ¿Y por qué nos habría de informar él mucho mejor de la psicología de lo que podría hacer el profesional o incluso el solo novelista?

⁷ Tr. castellana realizada en Medellín por el Dr. Alberto Betancur

Llegamos así a la paradoja final uno no se vuelve filósofo –en el sentido de profesor de filosofía– sino con la condición de encerrarse en la sola enseñanza de los que nunca enseñaron!

Pero usted no me ha dicho todavía ¿quién (o qué) lo ha llevado a filosofar?

Ah, usted desea anotaciones completamente personales; pues voy a dárselas.

¿Quién me llevó a filosofar? ¿Quién o qué? Primero, yo me embarqué en estudios de filosofía por una razón bien contingente. Perteneciente a un medio particularmente desfavorecido (material y culturalmente) no pude frecuentar colegios o liceos. Me tocó a mí solo restablecerme, escolarmente hablando, como pude. Pero la “disciplina filosófica” (con solo un año cursado en algún establecimiento) era la única en la que yo no manifestaba retardo alguno. No hablemos del resto, en el que se entra más lentamente. Además, un adolescente está siempre atraído por los inmensos problemas que le reserva la filosofía; ella trata de todo (del Yo, del Mundo y de Dios).

Por mi parte, en la universidad tuve la fortuna de encontrarme y de escuchar a algunos Maestros prestigiosos.

Dos de ellos me han abierto a la historia de la filosofía de manera ejemplar: el uno enseñaba en Dijon, Georges Le Roy, irremplazable y modesto, nos introducía como convenía. Esa enseñanza de la historia de la filosofía (pues solo a ella se la puede enseñar, puesto que cuando el profesor quiere lanzar el vuelo y dogmatizar, no puede dejar de atravesar: aún los autores; tanto ique termina por solo hablar de ellos!) tiene un tanto de enseñanza rabínica o de aspecto seminarístico. La devoción al texto, su exégesis, la preocupación por el solo peso de las palabras, de su sitio, de su evolución, de su polisemia (y esto sin evocar a los que hay que traducir) remite claramente a una iniciación cuasi religiosa. Georges Le Roy, mi primer Maestro, oficiaba a la perfección; su curso era como una ceremonia.

¿Me atrevería a reprocharle que nunca haya hablado de los modernos? Para él la historia se había detenido en Bergson. Los nombres de Freud o de Marx le eran igualmente desconocidos. Y si se exceptúa a Bergson, solo alcanzaba a llegar a Leibniz.

Esta carencia reforzaba precisamente la sacralidad del culto; uno no se untaba de lo reciente; se respetaba la tradición, lo que la historia había sedimentado. Al santo tampoco se lo beatifica sino mucho tiempo después de su muerte. Y si uno de sus alumnos pronunciaba ante él nombre de un filósofo actual, Georges Le Roy se sonreía. Se estaba evocando para él otro mundo.

El segundo historiador de la filosofía que conocí y admiré era tan opuesto al primero como ninguno: Martial Gueroult daba, en la época en que lo escuchaba, sus cursos sobre Descartes, Malebranche y Kant. Alcanzaba una cierta sublimidad. Ya no era el canto gregoriano, pero sí los grandes órganos.

Hábilmente, atacaba a los intérpretes contemporáneos a los que echaba por tierra. Era soberbio, sabio y a veces hasta lírico; una historia de la filosofía imás triunfante que militante!

Pero ellos eran –isanta Bárbara bendita!, ¿me atreveré irrespetuosamente a decirlo?- solo eran historiadores de la filosofía. También mi propia vida dio un giro cuando asistí a otra dramaturgia, menos escénica por lo demás, y menos ligada a la escritura.

Gaston Bachelard, al que todo el mundo conoce, continuó fascinándome. Físicamente ya, él arrobaba. Tenía un aspecto de profeta, o el de un revolucionario que hubiera podido encender las masas (cabellos al viento, una barba blanca, una viva malicia en la mirada, un cuerpo en movimiento). Su enseñanza podía despistar a los burócratas incoativos, los que ya pontificaban y esperaban la historicidad convenida. Mezclaba los géneros, pero era una explosión de fuegos artificiales.

Con ardor, Bachelard sabía, como ninguno otro, exponer una cuestión con su amplitud y todas sus finuras. Nada de dogmático; ese filósofo de las ciencias y de las técnicas multiplicaba las alusiones efervescentes, seguía muchos caminos, sin perder de vista su objetivo: la rotura de los conceptos fáciles, la superación, la abertura.

Hablaba con su inspiración. En un punto preciso, casi local, lograba (sin notas a la mano) informarle al mismo tiempo que prendía fuego. Nunca la historia de las ciencias encontrará un teórico tan competente, tan alejado del régimen convencional: la meticulosidad, la erudición que se pierde, la pesantez del que no sacrifica nada. ¿Cómo aliar lo maravilloso, la luz, a veces la diversión, con la científicidad y lo fundamental? Bachelard se llevó consigo a la tumba su secreto.

No lograré “retratar” convenientemente al segundo de “mis Maestros de verdadera filosofía”; en efecto, me nombraron profesor de Filosofía en Thionville y, como yo debía preparar de nuevo el concurso de la Agregación, yo iba a Estrasburgo, donde precisamente uno de los Maestros nombrados se llamaba Georges Canguilhem.

Fue un trastorno absoluto. Nunca había asistido a una tal operación, a un tal surgimiento de precisión problematizada. Este enseñante no rozaba, no cavaba, sino que perforaba u horadaba.

Cada palabra había sido previamente pesada; la cita cuidadosamente preparada, el argumento cincelado durante mucho tiempo. ¿Quién no era afectado? Este filósofo-médico era más bien un cirujano; disecaba ante nuestros ojos, fragmento tras fragmento, hilo tras hilo, no sin experimentar él mismo algún dolor dentro, pues no sabía aún que descubrimientos (filosófico) lo esperaba. Evidentemente, él lo buscaba; mejor aún, tendía hacia él. Ilustraba así la fórmula “la paciencia del concepto”. No volví a conocer un tal momento, en efecto escasísimo, el trabajo del que acepta inventar delante de usted, en la extrema tensión.

Y como buen alumno, yo procedí seguramente a la inducción siguiente: los que han filosofado –el uno en el fuego, el otro en la lucha– con tanto dominio, lo han hecho en la medida en que abandonaron la morada filosófica. Se aferraron a lo real (Bachelard a la matemática, a la físico-química; Canguilhem a la biología, a la técnica misma). Hay que abandonar pues la filosofía, para reencontrarla mejor y comprenderla.

Sin embargo, yo dudé; la prueba de ello está en que me metí en un trabajo de tesis (historia de la filosofía) bajo la dirección de Martial Gueroult; en la época se tenía que estudiar dos temas bastante próximos (para la tesis principal y la complementaria).

La primera estaba dedicada a Spinoza, la estructura de la Ética; la complementaria sobre Spinoza, lector de Hobbes. Avanzaba, cuando súbitamente me interrumpí. Me parecía que estaba patinando en un círculo vicioso. En efecto, en ese momento decidí una inmersión en lo real, lejos de los textos fundamentales; comencé, *grosso modo*, por inscribirme en lo que se llamaba en la época el PCB (física, química, biología) que desembocaba también a los estudios de medicina.

A este respecto, déjeme plantear una pregunta y responderla. Que un estudiante se beneficie del encuentro y de la influencia de cuatro Maestros –dos historiadores de la filosofía *stricto sensu*, y dos filósofos que marcaron su tiempo– constituye un raro privilegio.

¿Es posible hoy objetivamente una tal proeza? No lo creo, de manera que ese privilegio debe ser definido como un híper-privilegio. Y ¿por qué? El número todo lo aplastó. El estudiante es introducido a un sistema demasiado rico o demasiado extenso; el DEUG (los dos primeros años) lo obliga a entrar en un número demasiado grande de “especialidades”. Se inicia en numerosas disciplinas. Se lo aturde. Además, escuchará, seguirá a muchos profesores eminentes, ellos también con frecuencia especializados (otra fuente de desmigajamiento). Y no está excluido ique uno de ellos abogue a favor de lo que el otro condena!

Cuando yo era estudiante de Filosofía en Dijon, la Universidad solo tenía un profesor (Georges Le Roy), incluso si él se hacía apoyar algunas horas comple-

mentarias con jóvenes agregados de los liceos de la ciudad. Sin embargo, él se encargaba de lo esencial: la historia de la filosofía –ya lo hemos dicho– pero también la filosofía general, la psicología, la moral, la sociología, un bloque actualmente impensable. Pero ¡qué suerte antidisipativa!, ¡qué unidad y que concentración! No se sigue, no se puede seguir más que a un solo Maestro. Al querer inspirarse de muchos, uno se pierde. Uno no puede pensar sino con (o contra) uno solo, no en medio de muchos.

Es verdad que ese tiempo la Unidad de Filosofía de Dijon no tenía sino veinte estudiantes. Comparemos: en este momento imagino que cuenta con un centenar (en primer ciclo). Pero, además de los dos Maestros-Titulares, la Unidad de Filosofía de Dijon, si no me equivoco se compone de al menos seis profesores magistrales. Los tiempos han cambiado; quizás incluso los actuales Maestros de Filosofía en la Borgoña superen por su saber al que antaño presidía la marcha de tal sección. Sin embargo, por razones estructurales, la caída de ayer a hoy no deja lugar a duda. Es la que separa la focalización (la interioridad misma) y la diseminación (la exterioridad). El Estado, responsable de las organizaciones, nunca lo entenderá; multiplica los puestos, acrecienta el número de estudiantes, a veces incluso intensifica los medios. Correlativamente, agrava una situación que estaba buscando remediar.

De esto se sigue que, si la hipótesis se verificase, se requeriría multiplicar las unidades o los focos; repensar el mapa universitario, instituir una pirámide de las formaciones; un estudiante, iniciado en la base solo accedería ulteriormente a un centro terminal más voluminoso. Evitemos a la vez el despilfarro y la homogeneidad! ¿Por qué preparar los concursos de fin de estudios (CAPES y Agregación) en todas las ciudades importantes? ¿Por qué mejor no diferenciar en el extremo?

Mis maestros (Gaston Bachelard, Georges Canguilhem) alentaron mi decisión; entonces me dirigí hacia el largo túnel médico donde estuve encerrado más de diez años.

Pero ¿acaso romper no es una obligación del joven filósofo? “Hay que abandonar la casa” (la textualidad, el palacio de las Ideas). ¡Que se expatrie!, ¡que se vaya de errante!

Nos parece que la filosofía consiste en pensar su universo y sus problemas; se requiere ante todo perderse en ellos.

Si hemos censurado, criticado por algunos lados la filosofía griega, en la medida en que ella conducía a una actitud, sin duda acorde con su época pero discutible y trapacera (la ascesis, la dominación de sí y de los otros), otra teoría nos parece más nociva, aunque ella atraiga o porque ella atrae al joven filósofo. No se le puede resistir.

El cartesianismo (probablemente mal entendido) y el kantismo, seguramente simplificado, favorecen esta fascinación; los dos, en efecto, aunque de manera diferente, celebran el "*cogito*" (el pensamiento) y, paralelamente, desconsideran el mundo, puesto que las leyes de este, aquellas por las que se le comprende, se encuentran en nosotros. El filósofo triunfa y se encierra, por consiguiente, en su ciudadela, por no decir en su torre de marfil. "El mundo es mi representación".

¿No es una desviación esta actitud idealista y este falso primado concedido al "yo pienso"? El especialista protestará, pero planteémosle la siguiente pregunta: ¿la *Crítica de la razón pura* (Kant) no afirma que el espacio, el tiempo, como las categorías, constituyen, estructuran la experiencia, es decir, la más simple de nuestras aprehensiones? Pero ¿de dónde viene que el mundo entre tan fácilmente en esta rejilla arquitectonizada?, ¿cómo explicarse que él se preste a esto? O en caso contrario habrá que admitir que lo real no equivale a nada en sí mismo. Especie de polvareda o cuasi-nada, no puede resistir y se pliega a nuestras exigencias especulativas.

Al cartesianismo no le repugna esto; es suficiente con pensar, con pensar bien para conocer, porque "del conocer al ser, la consecuencia es buena". Esta es la base de esa teoría: Dios creó el universo racional, con la ayuda de algunas leyes simples y evidentes. Me es suficiente con reencontrarlas, a través de la lógica de la claridad, para entrar en los cimientos o las fundaciones de este mundo. Es vano considerarlo en sí mismo o experimentarlo; es en nosotros, en la sola razón donde encontramos la realidad misma.

Puesto que lo real es racional, es necesario (y es suficiente con) pensarlo. El *cogito* encierra todo; de él se deducirá el conjunto. Y si no lo hace "el cogito mismo", se le solicitará a la lógica conceptual que nos lo entregue.

Estos encierros en el puro pensamiento, si colman al filósofo y le aseguran una primacía sin igual, ¿no deben al mismo tiempo inquietarlo? El acosmismo, la privación de lo real ¿no asecha al que cree detentarlo en sí mismo? ¿Es verdaderamente el mundo nuestra elaboración? Kant exige claramente que partamos "de un dato" (la intuición sensible), pero este ha sido ya parcialmente construido (el espacio y el tiempo lo han captado, enrolado); ya es nuestra propia aprehensión.

Sublime tentativa esta ide la reconstitución y de la re-creación del mundo! pero ¿no es también una peligrosa ilusión?

Para evitar esos excesos de soberbia, el teórico toma a menudo caminos de desvío. Parece reducir sus "pretensiones". Por ejemplo, sostendrá que todo, e incluso el conocimiento o el reconocimiento de los seres, pasa por el lenguaje. Este asegura nuestra visión del mundo. ¿Quién podría negar que somos "sujeto"

tos de la palabra y por la palabra"? Pensar es hablar. Uno no piensa más que y con el lenguaje.

Pero, precisamente, como ese lenguaje expresa las estructuras de nuestro espíritu, se ha tomado claramente una travesía pero se recae en lo mismo: creamos nuestro mundo. En rigor sería suficiente con escrutar, o con poner al día, las condiciones o los fundamentos de nuestros enunciados para que discerniésemos lo que de ello resulta.

Si los griegos nos enseñaron la renuncia y la vanidad de nuestros deseos, a la inversa los modernos han cultivado nuestra glorificación teórica; por ellos nos hemos vuelto los amos y los poseedores del mundo, no a causa de la técnica –solamente manipuladora y productora– sino en razón de nuestros conceptos que nos dan (la reproducción) al mundo mismo.

El metafísico no evita el pecado de orgullo; él se cree en el centro generador de lo que lo rodea. Como en el sistema de Ptolomeo el mundo gira en torno a él! Kant lo ha engañado particularmente: afirma que él realiza una "revolución copernicana" en el momento mismo en que pretende encontrarse, por el pensamiento, inmóvil, en el centro de todo.

¿Estamos predicando entonces un regreso a lo que se llama empirismo? Se trata de la filosofía más indiscutiblemente miserable; me somete de pies y manos atados al curso contingente de las cosas. Ya no hay verdades, no hay relaciones, sino simples surgimientos o asociaciones momentáneas, probablemente inconstantes. De nuevo, se asiste (en sentido contrario) a una volatilización de lo real!

Por lo demás, al filósofo le encantan estos antagonismos, estas antítesis, esos combates o aquellos debates.

En este caso ¿no es que todo está falseado o deformado? Nos parece más simple y más pertinente concebir un real ilimitado, embrollado, complejo. La tarea del pensador consiste en encontrar lo que podría organizarlo. Este orden se sitúa en las cosas mismas, pero a nosotros nos toca recuperarlo dado que él se escurre.

Para ser más claros, pongamos un ejemplo. Supongamos que nos encontráramos en presencia de una montaña de libros, y que debiéramos organizarlos. Es posible distribuirlos de diferentes maneras, tan justificables las unas como las otras: 1) colocar juntos a los grandes, luego los medianos, y finalmente los de pequeño formato antiguo criterio de la biblioteca francesa; 2) contar con la fecha de su publicación, suponiendo que se pueda fácilmente establecerla; 3) guiarse por la naturaleza exterior del libro: ¿pasta dura, rústica?; 4) seguir un orden alfabético: se considerará el apellido del autor, o también el título del libro. Se pueden imaginar cantidades de modalidades de repartición. Pero ¿no habrá

que preferir un método más juicioso que dividiera, recortara esa masa siguiendo líneas más armoniosas con el contenido (una verdadera enciclopedia)?

La biblioteca utiliza este procedimiento; recorta entonces siguiendo el árbol de materias. Luego de haber compartimentado, es fácil de pasar luego por la sucesión alfabética y de tomar en cuenta los apellidos de los autores método Dewey. Se logra así un conjunto que evita las mezclas más extravagantes.

Con un tal dispositivo, no solamente encuentro lo que busco, sino que puedo comunicar fácilmente los principios o los lineamientos de mi repartición. Podrá ser aplicado en otras partes. Siguiendo una fórmula conocida, no es suficiente con “acercar” las cosas entre ellas, ni acercarlas al mismo tiempo a nuestros espíritus; conviene también acercar los espíritus entre ellos y favorecer los intercambios y, para ese efecto, comunicar las reglas simples de nuestras particiones.

Hemos escogido una comparación fácil. Hubiéramos podido imaginar algo más complicado, que se tratara por ejemplo de disponer no libros sino millares de páginas que se han confundido y que vendrían de obras que se han descuadernado. ¿Cómo entonces hacer para poner todo en orden?

Pero esta situación ilustrativa merece ser prolongada, por muchos motivos.

1/ la cuestión se mantiene: ¿la organización final es mental (la he impuesto y lo real se ha plegado a ella bien que mal), o corresponde ella a esa aparente batiburrillo (precede pues a la clasificación que la reencuentra)?

En todos los casos –y es por esto que evitamos el empirismo– debemos trabajar en aprehender esa combinación oculta, aunque ella se nos adelante. Hay que descubrirla; no se ofrece inmediatamente. ¿No debemos evitar tanto la construcción pura (que se añadiría a la confusión de partida) como la lectura directa?

Nos parece que los dos registros (el de la organización y el de lo organizado) se implican mutuamente. Lo real se articula en grupos y en clases; esto no le repugna; correlativamente, esta disposición material se pone de acuerdo con una lógica composicional elemental que busca serializar (la continuidad del conjunto) y descomponer (tipos o casillas).

Tampoco el eclecticismo parece ser una solución idónea. Se preguntará con insistencia: “¿El orden se encuentra finalmente en punteado en la biblioteca, o viene de nuestras propias exigencias distributivas? ¿Quién se impone?”.

Para tratar de responder a este rompecabezas, entremos en un dominio vecino, por lo demás menos “artificial” que el de los libros, fabricados por el hombre; estamos hablando de la multitud de las hierbas, de las plantas, de los vegetales. Los científicos siempre han buscado dominar esta cantidad desbordante.

Ellos mismos distinguían los sistemas (clasificaciones bastante arbitrarias, que repartían confusión, puesto que se reunían seres diferentes e, inversamente, se alejaba a los vecinos) del método que era el único que respetaba las líneas o fronteras naturales.

Este trabajo no dejaba de arrastrar efectos ventajosos: las plantas que tienen que ver con el mismo sub-conjunto poseen seguramente los mismos caracteres señaléticos (exteriores, tales como los índices) pero también propiedades vecinas (el interior). Si uno de esos vegetales llegaba a faltar, se sabía entonces dónde encontrar el equivalente, el sustituto. Se evitaban las escaseces, los bloqueos.

¿Se acurruca el orden en los seres mismos? No aceptamos esta conclusión tal cual, porque ella limita demasiado las prerrogativas del investigador, que se contentaría con sacar de la sombra lo que allí se ocultaba. No, él debe construirla, reconstruirla, pero no puede dejar de inspirarse en las demarcaciones existentes.

¿No ha procedido la naturaleza misma de forma casi aritmética? Ella añade, gracias a la evolución acumulativa, las unidades (tal o cual fragmento: pétalo, estambre, carpelo, etc.) las unas a las otras, o incluso ella reduce la mayor parte de las piezas o su volumen. Ella trabaja igualmente con el número y el espacio, de los materiales discretos. En estas condiciones ¿cómo no se iba a ofrecer a ella nuestros recortes precisos?

A pesar de todo, y equivocadamente, se nos va a tachar de “empirismo”.

Recordemos que para nosotros la filosofía consiste en comprender mejor el mundo, en todas sus manifestaciones, como impedir su confiscación por parte de algunos (la desigualdad social). Su comprensión no es evidente. El ejemplo de la biblioteca como el del “libro mismo de la Naturaleza” (otra multitud), si no debe atenuar el trabajo del espíritu que los ordena, subraya la importancia, el peso complementario de ese real inagotable.

2) Nunca lograremos la meta fijada. Al horticultor le encanta hibridar, por no decir: confundirlo todo. Selecciona, desprograma y “quimeriza”. Aumenta en todo momento las cantidades. En cuanto a la propia biblioteca, sufre las mismas sacudidas; primero le toca recibir los libros inclasificables (por ejemplo, cuando los artistas eligen ese medio –el libro– para su arte; ese libro-objeto no equivale a un libro sobre arte, sino que se erige en libro-arte). ¿Habrá que ponerlo al lado de los libros-contenidos? ¿No será que apenas se les parece de fuera?

Además, lo más importante en esta reunión de libros tiene mucho menos que ver consigo misma que con el indispensable fichero que informa los emplazamientos y las unidades. ¿Dónde situar este libro de los libros?

En todo caso, la propia biblioteca comienza a entrar en la tempestad que la perturba; el microfilm emprendió el cambio; los dispositivos que transmutan los escritos a pantallas, y dejan de lado los “soportes” de papel tradicional echan por tierra el sistema de subrayados y de rejillas. La vieja pregunta sobre la localización pierde sentido. Prueba de que los problemas nunca se han resuelto, que ellos regresan o renacen como el ave Fénix, y que los pretendidos “órdenes” que uno creía definitivos entran ellos también en una historia que los relativiza.

Las tecno-ciencias cambian las interrogaciones; las disciplinas documentales evolutivas nos salvan de la cuestión a la que teníamos que contestar.

Si “el orden” coincide con lo real, nunca llega a abrazarlo por entero (libros-objetos se interponen), y él mismo, elaborándose poco a poco, corre también hacia la asfixia (el número de los libros que hay que ordenar termina por sumergir a la biblioteca, y obliga a deshacerse de los soportes materiales, si se quiere conservar la información). En suma, el problema que plantemos ise ha esfumado, al menos, en parte!

Hemos efectuado un largo desvío; estaba destinado a evitarnos una crítica (la de ceder al pensamiento empirista); pero queríamos paralelamente alejarnos de la atracción idealista, que solo conoce nuestras decisiones o nuestras capacidades categoriales. ¿Cómo pensar también que el espacio esté en nosotros y no afuera?, ¿qué todo lo que vemos y juzgamos solo tiene que ver con nosotros únicamente? La filosofía arriesga demasiado conducir al solipsismo.

Otra manera de evitar el “salto” al océano del mundo consiste en preocuparse no tanto por conocer como por las maneras de conocer o de las condiciones de posibilidad del saber. Se logra regresar sobre sus pasos y reintroducirse en sí mismo, a la búsqueda de un funcionamiento: “¿Qué puedo saber, o también: cómo adquirir ese saber?”.

Con una astucia más maligna todavía, se sostendrá que un descubrimiento (parcial, limitado) cuenta menos que la manera (eventualmente transponible) gracias a la cual él se ha logrado. Olvidamos el resultado, imientras se privilegia la “receta”! Con esta estratagema se logra aún desvalorizar la cuasi-materialidad en provecho de la sola operatividad mental.

El infortunio es que la disociación (entre el medio y el fin) no puede ser efectuada. Nos recordamos de la picante anotación de Gaston Bachelard que fustigaba los métodos: “todo discurso sobre el método es un discurso de circunstancia”. ¿Cómo separar el paisaje y el camino que él lleva?

Lo decisivo se encuentra en la promoción misma o la renovación del conocer; es impensable y pretencioso que se lo iba a ultrapasar, trascenderlo (o incluso trascendentalizarlo, para separarnos de Kant) con el fin de extraer principios

universales aplicables al futuro. El joven conocimiento quedaría transformado en un medio para acceder a algo más y mejor que él: un conocimiento del conocimiento.

Pero este constituye para nosotros una abstracción, una concha vacía, una falsa exigencia, una ilusión especulativa. Es necesario poner cuidado en el contenido suficientemente rico por sí mismo; si se lo desborda se cae en el vacío, o su duplicación, que cree emanciparse, mientras que lo está repitiendo. El método se encuentra en la obra misma, en el proceder; ¿cómo extraerlo, sacarlo por fuera de su movimiento mismo, sin echarlo a perder o reducirlo a un formalismo perezoso?

Por consiguiente descartemos las locas tentaciones, como la de un pensamiento del pensamiento, de la idea de la idea (bien querida por Spinoza) que nos parece un espejismo de la reflexión. El pensamiento no puede eximirse de un "material" que él aprehende y que transformará. Y regresamos así a nuestro punto de partida.

Se trataba de definir el acto de filosofar. Hemos excluido de acá la ascesis griega, el idealismo victorioso y soberano, así como empobrecimiento empírico. ¿Dónde refugiarse?

Por mi parte, he creído un deber al abandonar la morada (la prisión) filosófica, sin embargo, no recomendaría tal exilio. Desconfiemos de los desvíos prometedores idonde uno se pierde!

¿A qué se debe esta semi-decepción? Ante todo, porque no es suficiente con haberse untado de algunas teorías o prácticas científicas para penetrar verdaderamente en su *ratio essendi* y sus verdaderos problemas. Un barniz idesaparece bastante rápido! El estudiante, por muy juicioso que sea, permanece por fuera, afectado de pasividad.

Pertenece solo a los Maestros reales, a los concedores, entrar en el corazón de sus disciplinas, o exponer las cuestiones que son verdaderamente importantes. Y ni siquiera ellos mismos lo lograrán siempre.

A este respecto, notemos que se ha loado a Claude Bernard, se lo ha exaltado incluso porque en efecto él renovó la fisiología experimental, multiplicó los descubrimientos, al mismo tiempo que reflexionó sobre sus propios encaminamientos, y teorizó el cambio que suscitaba. Sin embargo, no hemos dejado de poner en evidencia el desajuste que opone su práctica de vanguardia, fundadora, a una teoría que no le corresponde verdaderamente. Él utiliza su saber y su indiscutible prestigio para caucionar una filosofía ya conocida (una ideología). Será de festividad de las escuelas y de los discursos académicos. Lo consideramos el Víctor Cousin de la metodología experimental. De ello resulta que la mayoría está en condiciones de pensar que su trabajo novador puede desviarlos; con

mayor razón el pobre diablo que se esfuerza en rebuscar un poco de información, y que la recibe de segunda mano.

Por otra parte, la medicina perdió su bella unidad; se fragmentó en múltiples especialidades que a menudo se ignoran. La técnica la invadió y ha expulsado la “retórica” que la embellecía, la exaltaba y también la organizaba.

Finalmente, una inmersión tan larga en la realidad de la enfermedad aleja de la filosofía; si se entra en ese universo tan estallado, se sale de él desorientado. ¿Cómo no estar desconcertado con ese repentino aflujo de disciplinas: la embriología, la histología, la bioquímica, la anatomía patológica, la biofísica; sin contar las enseñanzas básicas (la anatomía propiamente dicha, la fisiología, la semiología) y las que las siguen (la parasitología, la bacteriología, la inmunología, la toxicología, etc.)? ¿Cómo no doblarse bajo el peso de semejante “summa”, tanto más cuanto que las facultades o las escuelas se regodean en la acumulación de datos y no cesan de inflar sus programas?

Solo algunos pasan a través de las ráfagas de la tormenta; logran superar la prueba (René Leriche, Henri Péquignot y Georges Canguilhem han propuesto reflexiones fundamentales).

En lo que me concierne pude prevalerme, en medio de mis quejas, de una ventaja: yo saqué partido de una situación material al comienzo favorable. En efecto, luego del P. C. B. comencé mis estudios de medicina en una escuela (en Dijon) y no en una Facultad (fue solo más tarde que la Escuela de Dijon fue transformada en facultad autónoma). La diferencia, institucional y pedagógica, no es insignificante; se parece a la que separa un actual CES a un liceo.

Con medios modestos, ellas solo preparaban en los dos primeros años (el primer ciclo), luego de lo cual los estudiantes debían emigrar a una Facultad, donde terminaban su formación. Las escuelas no se beneficiaban de ninguna autonomía; los exámenes de fin de año estaban a cargo de maestros de la Facultad de la que dependía la Escuela. En junio y en septiembre llegaban a Dijon los jueces de Lyon que presidían las pruebas, las evaluaban y las caucionaban. La enseñanza estaba asegurada entonces, no por maestros patentados, sino por médicos en ejercicio de la Ciudad, reclutados a partir de su celo, o bien con el fin de asegurar su celebridad.

¿En dónde estuvo mi suerte de encontrarme en esta Escuela que solo reunía una treintena de estudiantes (por año, por tanto sesenta en total), cuando los más privilegiados iban directamente a los centros autónomos, a las facultades de prestigio? Además experimenté un ligero malestar, pues yo estaba sentado en los mismos bancos al lado de quienes fueron mis alumnos, el año anterior, en el liceo donde yo los preparaba para terminar el bachillerato (puesto que mientras tanto yo seguía dictando las clases de filosofía en undécimo).

La Escuela estaba dirigida por un agregado en medicina interna que no lo habían contratado los lyoneses; ellos lo habían descartado. Pero en ella reinaba Pierre Étienne-Martin (había sido el yerno de René Leriche, y su padre había sido profesor de Medicina Legal en la Facultad de Medicina de Lyon). Verdadero aristócrata de la medicina, él centralizaba todo. Organizaba a la modesta Dijon como un desquite. Nos reunía todas las mañanas con solemnidad. Reflexionaba a cielo abierto sobre los enfermos que estaban a cargo. Irradiaba. Fusionaba en sus “lecciones de clínica” todas las perspectivas biomédicas que dominaba; la Ciudad entera le reprochaba su vanidad, sus gustos por las amplias síntesis, su fiebre a favor de las brillantes consideraciones, pero los estudiantes no podían más que estar entusiasmados por sus fuegos artificiales. No se contentaba con brillar; era cierto que aclaraba. Con él, el más insignificante enfermo se transformaba en una especie de nube teórica cuya significación no podía ser agotada; comentaba tal o cual caso tan bien como Georges Le Roy, historiador de la filosofía de Dijon, comentaba un texto de Descartes o de Leibniz.

Más tarde, cuando tuve que ir a Lyon para continuar mis estudios, *a contrario*, pude constatar los efectos fastidiosos de la dispersión. Ya lo había notado en lo concerniente a la enseñanza de la Filosofía; la de la Medicina, más masiva o más colmada, lo exige aún más (un maestro, solo un maestro!). Le debo a Pierre Étienne-Martin lo poco que sé, a pesar de las limitaciones que aperecho hoy en sus exposiciones y explicaciones.

Mi suerte residió en los comienzos. Sin embargo, yo me pregunto si sí había necesidad de tomar ese largo y sinuoso camino, que aleja tanto de la filosofía y solo da probablemente una tintura (teórica). Creí en los beneficios del cambio, del contacto con “otra parte” pero ¿no fue una semi-trampa? Buscando la alteridad, se corre el riesgo de perderse “uno mismo”.

Es verdad que, por una parte, el hospital (sobre todo el de Dijon que acogía, por entonces, a todo el que viniera de la región) ofrece una consolación sin igual; el encuentro con los pacientes, en los momentos más insoportables, a través de situaciones sociales a veces inimaginables. El cuerpo del hombre enfermo frecuentemente entrega las huellas de una vida surcada de dramas y de pruebas. Pierre Étienne-Martin no dudaba en confiarles a los jóvenes principiantes a los que entraban; ellos se hacían responsables.

Por otra parte, no quiero limitar el alcance de esta semi-aventura, pero sería falso valorizarla; ella equivale sobre todo a un extrañamiento.

Este largo relato no me ha alejado de lo que, sin embargo, quería definir: ¿qué es la filosofía? Ella consiste esencialmente en ponerles cuidado a los problemas que sacuden el mundo. Ella debe renovarse con él mismo. Solamente añadamos, para terminar, que el profesor de Filosofía no es el mejor dispuesto para lograrlo. No abandonamos los callejones sin salida; el profesor, que reci-

bió las herramientas conceptuales, y que ha sido iniciado en la reflexión de los antiguos, sigue estando prisionero de su indispensable formación. Se requiere que él conozca el mundo, pero todo lo desvía de la meta, incluida esta filosofía que lo único que predica es el retorno a un pensamiento originario o fundador, para no hablar de un ser necesariamente retraído con respecto a los fenómenos que se consideran como obstáculos.

Y la historia de la filosofía va aún más lejos, en la medida en que ella nos hunde en la erudición, por no decir en el pasado. De este modo, “el filosofar” que debíamos definir se caracteriza sobre todo por las dificultades casi insuperables con las que tropieza.

Capítulo segundo

La pasión de los cuerpos

A pesar de sus observaciones críticas, el paso por la medicina le ha permitido una cosecha filosófica. ¡Usted no puede despreciarla!

En efecto, a pesar de las reservas precedentes, no puedo negar la influencia, para no mencionar la especie de inflexión mental, debida a esa larga y laboriosa travesía.

Primero, la biomedicina considera al cuerpo humano que, con más de un título, merece la atención; porque el psiquismo (que retiene al psicólogo) podría solo ser el desconocimiento de este cuerpo. En cuanto a los filósofos, prisioneros de su “ego”, no consideran suficientemente al cuerpo en sí mismo, por él mismo; sostiene el papel de un simple medio ambiguo, a la vez para ocultar la conciencia y para revelar su conducta. Él muestra y disimula. La medicina habitúa al cuerpo desnudo, descubierto, teatro mismo de nuestra historia y de nuestras desgracias. Sin embargo, no dejará de sorprender. Un estudio, incluso elemental, iluminará sus extrañas características. Evocaremos tres de estas perspectivas, susceptibles de revelarlo.

1) Primero, el alma puede leerse en él; él la detenta y la descubre.

La fisiognomía (el arte de discernir el psiquismo en lo corporal, no siendo el uno sino el reverso del otro) ha sido severamente ridiculizada dado que se la ha comprendido mal, se la ha rigidizado y deformado; ella encerraría al hombre en una especie de caparazón. La frenología rápidamente la ha desnaturalizado y desacreditado.

Pero, si se la restituye a sus verdaderas dimensiones, se le reconocerán sus méritos; por ejemplo, el fundador de este enfoque, Jean-Gaspard Lavater –pastor

de la iglesia reformada de Zurich, nacido en 1741 y muerto en 1800— se dedicó a discernir en el rostro muchos rostros que no se equivalen; él distingue “lo duro” y “lo blando”, el que se ha recibido y el que ha sido modificado, el que hemos buscado atenuar u ocultar y el que emerge, el que nace del conjunto y ese cuyos fragmentos se analizan; más o menos convergentes, el que poco a poco se corrompe y el que uno logra reorientar. Con él no se corre el riesgo de hacer una lectura demasiado simplificada.

La fisiognomía –anota él– “pertenece a la física, tanto como a la medicina, puesto que hace parte suya; ¿qué sería la medicina sin la semiótica, y la semiótica sin la fisionomía?” (*El Arte de conocer a los hombre por la fisonomía*, 1820, O. C., t. I, p. 268).

Lavater a veces se limita a rejuvenecer la vieja tripartición; toma entonces en cuenta separadamente la frente (la vida intelectual), luego una segunda región (“toda la parte colocada entre los ojos y el labio inferior, solo pertenece a la vida moral e indica todos sus estados, sus diferencias y variedades”, *ibíd.*, p. 206), y finalmente “el labio y la mandíbula inferior parecen reservadas a la vida animal y no pueden prolongarse y tener una saliente notable sin que de ello resulten signos inequívocos de animalidad” (*ibídem*). Lo más particular estaría en que “nuestro cuerpo” se resumiría entonces él mismo en la cabeza; en ella se apercibiría la cerebralidad pero también el corazón y el vientre.

Lavater no se queda ahí; echa las bases de una gramática de lo corporal descifrabable o de una hermenéutica capaz de dar el sentido de tal protuberancia, de aquella redondez, de esa depresión o de este rasgo. Es verdad que él se dedica sobre todo a responder a las objeciones que le vienen de todos lados:

“¿Qué haces tú, el amigo declarado de la religión y de la virtud? ¡Cuántos males vas a causar! Te propones enseñarles a los hombres el infortunado arte de juzgar a sus hermanos en los rasgos de su rostro, sobre surcos equívocos. El furor de censurar, de vituperar, es espiar los defectos del otro ¿no es algo demasiado general? ¿Será que es menester aún que tú enseñes a sacar, del fondo de los corazones, los secretos, los pensamientos, las faltas que ellos ocultan?” (*ibíd.*, p. 287).

Lavater es excelente en la refutación; él no pretende aprisionar al hombre en sus rasgos o su exterior sino favorecer su desenvolvimiento o ayudar a su reconocimiento.

“A mí me gusta mucho más tener como base de mis observaciones sobre el hombre la fisionomía de su rostro, esa de toda su figura, de su actitud y de sus gestos, base infinitamente más sólida que iaquella que se funda en tal o cual acción aislada del conjunto y de las circunstancias! Se dice que este hombre es violento y colérico. ¿Cómo lo sabe usted? Por sus acciones. Enhorabuena;

pero yo me encuentro a este hombre, y me sorprende su suavidad y la modestia que expresan su cara y toda su actitud" (*ibíd.*, p. 293).

El exterior entrega el interior, como si en el anverso se apercibiese el reverso. Pero sobre todo: el cuerpo palimpsesto comprende muchas capas que no se superponen exactamente. Está cargado de índices o de signos reveladores.

En todo caso, por una parte, lo "blando" expresa la sedimentación de nuestros ejercicios (la tensión transformadora, sea que ella degrade sea que ella corrija), mientras que lo "duro" (lo óseo) traduce la pesantez de lo que logra encerrarnos (la fuerza de lo hereditario). Podemos evaluar el resultado de este combate. Por otra parte, el propio cuerpo escapa a la homogeneidad orgánica; se concentra en algunos lugares, lo que facilita su desciframiento.

Sobre todo, idescartemos los prejuicios y los juicios apresurados! ¡Aprendamos a observar! "Se ven mecánicos con una destreza sorprendente que ejecutan obras las más delicadas y las más finas con manos tan gruesas como las de los leñadores y los mozos de cuerda; mientras que los delicados dedos de la mano de una mujer a menudo son incapaces de todo trabajo mecánico que exige una habilidad". Rudo golpe a la teoría o al método! Pero "la mayor parte de los naturalistas atribuyen al elefante una figura pesada, un aire estúpido, y subrayan el contraste que existe entre la destreza de la que está dotado este animal y su estupidez aparente (o más bien pretendida). Pero comparad el elefante con el tierno cordero: ¿cuál, según el simple aspecto de la estructura de su cuerpo, anuncia la mayor habilidad? Seguro que no es tanto la masa la que decide sino la naturaleza, la movilidad, la flexibilidad del cuerpo, los nervios, la sensibilidad interna" (*ibíd.*, p. 369).

Sin ninguna duda, Lavater enseña claramente a examinar las estructuras y los dinamismos (los órganos así como sus movimientos), a encarar la morfología de los cuerpos y a inducir sus particularidades a partir de ellos.

2) Insistimos en el estudio elemental del cuerpo porque, para nosotros, solo existe un mundo, el nuestro, el que habitamos. Ahora bien, este cuerpo constituye, sin duda, la cima (ontológica), el ser más complejo. En él se recentra lo esencial, lo que subsume todo el resto. El propio pensamiento deberá nacer en él, de él, porque él lo superará y deberá resolver los problemas que lo detienen, salvarlo de sus propios automatismos. El vivir cederá entonces el paso a la "reflexión", pero no por ello deja de ser la base, el motivo de esta victoria. A este respecto, él merece que nos detengamos en él y que aprendamos poco a poco a comprenderlo.

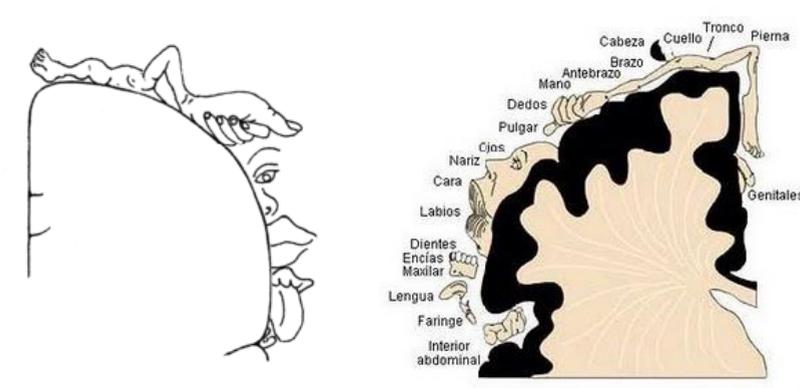
Uno gana ayudándose de diversos enfoques biomédicos (la biología comparada, la antropología física, la embriología, la electrofisiología, la neuroquímica, etc.), con el fin de descifrar mejor nuestro enigmático cuerpo. No lo reduzcamos

a una masa o a un volumen, a un simple ensamblaje de órganos reunidos los unos con los otros.

Una de estas disciplinas auxiliares, que favorecen su inteligencia –la electrofisiología– reveló en él un redoblamiento decisivo: desde 1870, Fritsch & Hitzig estimularon en un perro ciertas zonas de la corteza frontal y provocaron las contracciones de los músculos de la mitad contraria de su cuerpo. Según el punto excitado, ellos suscitaban los movimientos, o bien de la cabeza o bien de las patas anteriores, o bien del tronco (el área motriz bien delimitada). Más tarde (1940) Penfield (un neurocirujano) actuó de la misma manera, pero esta vez sobre sujetos trepanados que habían dado su consentimiento para este tipo de exploración inofensivo; pudo establecer así la cartografía de las diferentes “áreas” del cerebro motor humano.

Allí donde Lavater veía resúmenes o llamamientos, nosotros podemos, sobre bases más seguras, detectar otro cuerpo (el operacional) en el cuerpo mismo (que se vuelve un simple ejecutante).

En una palabra, cada órgano, cada segmento (para solo hablar aquí de la motricidad, pero lo mismo podría hacerse con lo sensorial, o lo endocrino, o lo visceral) se proyecta en una región cortical bien circunscrita como mínima; en este caso, en la zona prerrolándica, es decir, delante de la famosa cisura de Rolando, que separa el lóbulo frontal del parietal. También debemos admitir –además de nuestra mano real, la que vemos – una imagen de ella, que la comanda, aunque no se le parezca. El pulgar, por ejemplo, se impone por sus dimensiones sobre los otros dedos.



Un cuerpo cuasi-funcional ha desalojado al cuerpo mismo, aunque esté incluido en él; niega por ello su voluminosidad y la espacialidad. Conviene, a la vez, separar y también juntar la decisión (el querer) y la realización (el moverse). Seguramente que solo percibimos este último, puesto que aquel otro se sitúa en la cerebralidad que, de alguna manera, exalta al organismo y se lo apropia.

La medicina descubre precisamente estos dos cuerpos imbricados el uno en el otro; ella asiste a las más extrañas disociaciones, así solo sea aquella –la más elemental– de la parálisis central efectiva de un fragmento muscular y fisiológicamente integrado. ¿Quién lo prueba? La espasmodicidad de los reflejos, cuando no una cierta contractura. Pero, lo más curioso es que el cuerpo y su cerebro se hayan asimetrizado el uno con respecto al otro, puesto que un trastorno a la izquierda del uno remite a una modificación a la derecha del otro (e inversamente). La neurología, la neuropatología, desimplica, despliega lo que está enrollado sobre sí mismo.

El síndrome de Brown-Séquard –para entrar en una anotación más sustentada–, aunque concierna a los haces de la médula, y ya no a lo cerebral, confirma de manera sorprendente las posibles discordancias: por el lado de la lesión (de la mitad de la médula) se nota una parálisis, una abolición de la sensibilidad profunda, pero al mismo tiempo una hiperestesia al dolor y a la temperatura; del lado opuesto, la conservación del sentido muscular pero una franja anestesiada termo-algésica (el cigarrillo puede quemar al enfermo que no reacciona). Está cortado en dos, lo que explica el cruzamiento (en la médula) de las vías aferentes sensitivas.

No solamente debemos admitir la existencia de dos cuerpos sino, además, que las comunicaciones entre ellos han sufrido una especie de torsión y de quiasma; además, no todas las vías siguen los mismos trayectos (decusación para las unas, transmisión directa a la base para las otras); de acá se siguen diversos desenganches. Por acá las sorpresas de un cuerpo que se escinde y se revela. Pero permanezcamos aquí no en el volteo derecha/izquierda, las disociaciones (movimiento y sensibilidades) y hablemos de la asunción completa de lo bajo en lo alto, y por tanto la posibilidad de una desligadura, en los dos sentidos, a causa de esta importante geminación (o reproducción modificadora). De esta manera, la cima puede llevar a ignorar su base y, en sentido contrario, esta emanciparse. El cuerpo se hace trizas y termina incluso por ignorar que él se disuelve (asomatognosia). Pero, a través de estos trastornos, captamos mejor las polaridades o las envolturas de los diversos segmentos solidarizados.

3) En fin, en y para esta lectura cuasi laberíntica del cuerpo, evidentemente estamos atraídos por otra manera de distribuir las unidades y de volver a conectarlas; les concedemos su valor a los contrastes, así como a las conglomeraciones. Como lo anotaba magistralmente Buffon, y sobre todo Bichat, pongamos por un lado los aparatos llamados vegetativos, unitarios y homogéneos (el archipiélago digestivo, o el respiratorio) comunes a las plantas y a los animales; y del otro, los de la vida relacional, reconocibles en su bipolaridad (dos manos, dos ojos, etc.).

Fue principalmente Bichat el que comentó esta repartición llena de consecuencias.

Primero, no nos dejemos engañar en el sentido de que no es necesario seguir ciegamente las aparentes separaciones (dos pulmones, dos riñones...) sino respetar ante todo las desigualdades y escotaduras que los escoltan, contrarios a la similitud exigida. "Si se observa que el bronquio derecho es diferente del izquierdo por su longitud, su diámetro y su dirección; que tres lóbulos componen uno de los pulmones, que solo dos forman el otro, que hay entre esos dos órganos una desigualdad manifiesta de volumen, que las dos divisiones de la arteria pulmonar no se parecen ni por su trayecto ni por su diámetro (...) veremos que la simetría no era sino aparente"⁸.

Solo la fisiología, por una parte, y la patología por la otra permitirán trazar las verdaderas distinciones:

a) por ejemplo, los órganos de la vida llamada animal, siempre duales, como la motricidad o la sensorialidad, solo conocen una actividad intermitente (requieren del sueño, o la relajación, o el reposo), mientras que los de la vida vegetativa se activan de forma ininterrumpida. Continuamos digiriendo o respirando incluso cuando dormimos.

Estas dos provincias son a tal punto disjuntas que no nacen ni mueren al mismo tiempo; en efecto, es por partes sucesivas como la muerte nos alcanza. El cerebro se desploma o se cierra primero, porque la memoria se pierde, las ideas se oscurecen, los sentidos mismos se embotan poco a poco, mientras que "el adentro" se prolonga intacto. En el otro extremo de la vida (cuando se trata de su emergencia), la cerebralidad es la última que llega, luego de lo respiratorio y de lo digestivo. Lo que asegura la reproducción solo surgirá mucho más tarde, pero se trata acá de un conjunto que pertenece a la especie y que no se pliega a las reglas que conciernen al cuerpo individual.

b) por su lado la patología confirmará esta escisión, según el mismo Bichat. Una enfermedad que golpea un órgano del vegetativo no deja de repercutir en los otros, mientras que no tocará la vida animal sino a medias, sin repercusión sobre su simétrico (en la hemiplejía, un solo lado está paralizado, mientras que el otro no está alterado). Los aparatos de la sensorio-motricidad se han hecho independientes.

Por lo demás, ganan en esta separación; dicho de forma más simple: si la mano derecha (en un diestro) monopoliza la fuerza y la destreza, la izquierda juega el papel de sostén. Se sabe también que los dos hemisferios cerebrales no trabajan de la misma manera; el uno analiza lo que el otro encara de manera sincrética. Las dos mitades no son enteramente iguales (divergen funcionalmente). A este respecto, la antropología comparada aporta una sorprendente

⁸ Bichat. *Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte*. 1800, p. 9.

confirmación: los japoneses conocen tres tipos de escritura, dos de ellas alfabéticas (*kana: katakana & hiragana*) y una ideográfica, parecida al modelo chino (*kanji*). El japonés cultivado lee las tres. Pero según el tipo de lesión, el cerebro podría leer una (ligada al reconocimiento de las formas) y perder la otra (el lenguaje alfabético), cuando no es lo inverso. Todo depende del lugar (las localizaciones) y del hemisferio concernido, lo que confirma bien la realidad de esta semi-dualidad de roles diferentes, aunque complementarios.

Los fisiólogos llegaron hasta tratar de evaluar los desvíos en el paralelismo; cuando son demasiado débiles, comprometen el juego de la vida relacional; cuando son excesivos, la desequilibran. El cuerpo se beneficia solamente de la ligera tensión, o de la complementariedad, de los dos simétricos (para nuestras manos, nuestros ojos, nuestro cerebro). La identidad no le conviene, como tampoco una amplia diferenciación.

Antaño, por lo demás, le hemos concedido valor a lo que realizaba un hábil psicofotógrafo que manipulaba los retratos; recortaba en dos mitades iguales el rostro de un sujeto y, con la ayuda de cada una de ellas recomponía un rostro derecho o izquierdo. Este último le parecía más revelador que el primero, mejor controlado y mucho más en relación con la vida social; nuestro cuerpo, nuestra cabeza incluso, abriga a un “otro” hundido en el conjunto. La operación de separación y de reconstitución a partir de este fraccionamiento ayudaba a discernirlo.

Así, resúmenes y analogías, tomar lo de abajo por lo de arriba, dualidad derecha/izquierda, el organismo no debe ser visto de manera conformista; conviene multiplicar las perspectivas, interrogar ese cuerpo en todos sus rincones y siguiendo todos los ejes.

Pero la medicina, que consagra este enfoque, va aún más lejos que lo que sugiere un examen directo, incluso si este renueva ya nuestra visión del organismo.

En el fondo ¿qué nos aporta ella? E incluso ¿en qué consiste este arte? Pensamos que el viviente, en el curso de su larga historia, ha encarado la integración de los fragmentos que lo componen. El vegetal, el primero, no ha alcanzado aún ese estatuto; se lanza hacia fuera y allí se dispersa. Por lo demás, cada pedazo de él mismo produce un “otro él mismo” (la *pars totalis*). La menor parcela puede restituir al conjunto, como si este desease solamente una pluralidad.

Los protozoarios no escapan todavía a este estado donde domina la multiplicidad, siempre perceptible en ellos; el corte de un gusano de tierra, así como la sección de esta sección, equivale a un animal entero. Esto se parece a una colonia virtual, fácil de desarticular. Y a la inversa, los más evolucionados lograrán la entera compenetración de las unidades y borrarán hasta los vestigios metaméricos⁹ (la sucesión, la simple adición de las piezas).

⁹ Es metamérica toda relación, comparación, inserción, etc. de este término o configuración, con otros de superior nivel holótico

El cuerpo humano, en lo alto de la curva, ha logrado la integración, de tal manera que cada uno de sus diversos segmentos depende de los otros, al mismo tiempo que los mantiene. El cuerpo realiza entonces una verdadera comunidad material: se opone a la autonomía de los aparatos, los “niega”, pero con el fin de absorberlos mejor en el todo. Los sustrae también de su relativa exterioridad (como de su independencia). A causa de esta subordinación, resulta un comienzo de interioridad y una suerte de auto-encierro (el “en sí” tiende al “para sí”).

Todo el arte médico podría consistir en ir en el sentido contrario, en desenvolver afuera lo que está fundido o solidarizado; aísla, pone en dos dimensiones, desliga... sin por lo demás romper enteramente los lazos que conectan las partes al conjunto. La biomedicina viola la pseudo-interioridad corporal –y por esto uno de los aspectos de su violencia– con el fin de captar mejor tanto lo que la constituye como lo que eventualmente la altera. Ignorábamos en parte al cuerpo y lo que él abrigaba; la tecnociencia se dedica a “desantuarizarlo”, y por tanto a revelarlo. Y el filósofo no puede permanecer indiferente en presencia de este trabajo de iluminación.

¿Cómo hace la biomedicina simplemente para desplegar sin demoler? Es posible evocar algunos de los procedimientos exploradores, entre los más simples.

1. El más elemental consiste en la toma de líquido (el cefalorraquídeo, pero sobre todo la sangre). Este último tejido, que asegura el enlace entre los sólidos, nos da una primera imagen de lo que él baña. Una de las informaciones más estupefactivas (y es por esto que vista de fuera la medicina limita con la magia) viene de que puede informarnos a la vez sobre el pasado, el presente, e incluso el porvenir de aquel del que se ha tomado la muestra.

Si este anteriormente padeció una enfermedad infecciosa, él conserva en efecto la “memoria” de ella bajo la forma de anticuerpos que el laboratorio de análisis sabe evaluar a la vez cualitativa y cuantitativamente. Asimismo, en lo que concierne al presente, la misma operación autoriza un diagnóstico. ¿Y el porvenir? Las enfermedades que afectarán al individuo están ya trazadas en punteado en su patrimonio y su sistema de defensa (HLA Antígenos Leucocitarios Humanos).

Esta muestra de sangre, que también nos indica el estado de lo que se llama el “medio interior” y sus constantes, “refleja” aún la actividad (hematopoyética) de la médula, así como la del hígado (la glucemia). ¿En dónde se va a encontrar un testigo más fiel y más decisivo? Es verdad que a veces, no ha registrado aún un mal taimado, un déficit incoativo; el médico remonta mucho antes y, con su trocar entra en la médula del hueso (el esternón), aspira algunas células matriciales.

2.- Étienne-Jules Marey, por su lado, puso en operación un medio simple que organizó: la técnica biofísica de los sensores. La vida nace de ínfimos y numerosos movimientos tan furtivo que no podemos captarlos a simple vista.

De esta manera Marey comenzó por colocar en la muñeca un dispositivo neumático para que registrara el pulso (el esfigmógrafo); pudo recoger la onda mínima que corre a lo largo de la arteria. A partir de ahí, no dejó de perfeccionar la tríada “tomar-transmitir-inscribir”.

Se le deben los comienzos de la cardiografía, que visualiza la alternancia de las sístoles y las diástoles, tanto de las aurículas como de los ventrículos. Los procedimientos cronográficos que proyectan las formas y las fuerzas en líneas sobre un cilindro que se ha ahumado fueron aplicadas a las contracciones musculares, a los movimientos respiratorios (la espirometría), luego ampliados a los batidos de las alas de los pájaros (el famoso fusil cronofotográfico, especie de primera cámara portátil), a la carrera de caballos y a todas las formas de desplazamiento rápido. Marey llegó hasta evaluar la velocidad de transmisión nerviosa (el cuerpo animado, fuente de innumerables flujos); al final, debía sustituir los aparatos estrictamente mecánicos por transcriptores electro-magnéticos.

¿Cómo no saludar esta revolución biomédica y notar que es desde fuera, a veces lejos del movimiento, donde opera el biomecánico su registro (la telecaptura)? Además, lo coloca (al menos sus trazas esquematizadas) en una línea ondulante, sobre una hoja de papel; nada más precioso (un documento que permanece y sobre el que se puede trabajar) ¡que se transfiere! Mientras que lo real, en su celeridad y en su fugacidad, se nos escapa, él viene como a inscribirse y a darse a ver entonces.

Como filósofos gritamos “victoria” aquí, por dos razones al menos:

a) Una ciencia experimental, cuando logra una tan importante captura, renuncia entonces al significante confuso para quedarse solo con el significado (el sentido). El ejercicio intelectual más decisivo consiste en escapar a la materialidad del soporte, con el fin de acceder a lo que él vehicula verdaderamente.

La escuela nos lo enseña; la sola lectura o la escritura inician en estas operaciones de cambio de registro; en el primer caso pasamos de la forma gráfica a la oral (la pronunciación no debe solamente deletrear sino expresar la tonalidad del enunciado que en ella vibrará) sin modificación del contenido; en el segundo caso (la escritura), vamos en sentido inverso, de lo fónico a la inscripción. En los dos ejercicios, lo único que hemos realizado es un simple desplazamiento.

Posteriormente se irá más lejos; se lo efectuará con importantes beneficios, ya sea que se obtenga una reducción del volumen, ya sea que se logre una mejora informacional. Por lo demás se puede acumular la ventaja cuantitativa

y cualitativa: la reducción (por concentración) y la esencialidad (un plus de inteligibilidad).

El cardiograma mareyano, ancestro del electrocardiograma, ilustra esta eventualidad: el ritmo, la velocidad, las diversas fases de la contracción cardíaca estaban dispersas y ahogadas en el movimiento global; gracias al aparataje que las selecciona y las extrae de allí donde se actualizan, accedemos a una "imagen" depurada, un diagrama. Se descartan la voluminosidad y la confusión que la escoltaba. El electrocardiograma desborda en científicidad (una suma de datos) al corazón mismo, un órgano que no exhibe verdaderamente la animación ordenada que lo sacude y de la que solo se ven los efectos.

Esta delgada trayectoria eléctrica recapitulativa supera a su manera a la gota de sangre; en ella se detecta el pasado (los vestigios cicatriciales o los índices de antiguas fragilidades) como se asegura del presente, y también del porvenir.

Anteriormente, la medicina había ya reemplazado la vista desfalleciente por la oreja, más propicia para detectar el movimiento y sus anomalías; dado que la sangre pasa a través de orificios estrechos, emite sonidos que el clínico ha identificado y reportado a los dispositivos (un estrechamiento eventual o, a la inversa, insuficiencias). Él aprecia la solidez del juego valvular pero también, a través de él, la energía impelente. La traducción eléctrica rebasa esta sensorialidad auditiva que Laënnec había establecido.

b) La otra razón para celebrar la importancia de la cronografía viene de que la medicina (y ya la cultura) escapa con ella del mito de la interioridad que la roe; el clínico se imaginaba que el tenebroso y terebrante mal "se enterraba", y que convenía quitar poco a poco lo que lo recubría; salía pues a la búsqueda de una lesión oculta. La revolución técnica consiste en no sumirse en los arcanos orgánicos para sacar a luz las desviaciones o las dismorfías.

El esfigmógrafo nos alejó de la arteria pero nos entregó su textura (su elasticidad, su tonicidad). La biofisiología mareyana "detextualiza" el mal; lo desplaza, lo saca del lugar donde se había localizado con el fin de poder volverlo a situar en pantallas y líneas visibles.

3.- No es necesario que comentemos el procedimiento más clásico de la radiografía, ese que hace directamente perceptibles las menores muescas o las proliferaciones; con ella, el clínico penetra en el bosque tisular y lo aclara.

Hemos analizado en muchísimas ocasiones la radiografía, la tomografía, la ecografía, la tomodensitometría, la RMN, etc.

El problema no siempre es tan simple como se lo cree, puesto que el rayo puede no detectar nada. Pero el técnico utiliza entonces una simple astucia: inyecta al paciente una sustancia débilmente radioactiva de la que sabe que

entra en tal o cual funcionamiento celular, y no en otro. Los rayos emitidos por el isótopo bombardearán luego la pantalla negra; por ahí (método llamado escintigráfico) localiza tanto una “metástasis” como un exceso o una falta fisiológicos. El tumor o la disfunción se traducen en una nube de puntos. El radiólogo aprendió a esquivar los más temibles obstáculos.

Muestra de sangre, toma electrofisiológica, clisé configuracional, al médico no le faltan medios para el desciframiento. El filósofo-metodologista no puede desinteresarse de esas proezas; ¿cómo aprehender lo que escapa y captarlo incluso desde su comienzo? Generalmente el metafísico parte en guerra contra la “representación” (la “exterioridad”), mientras que toda la medicina se ha volteado hacia ella. Esta nos salva de la indeterminación; ¿cómo no se va a ganar al ponerse a escuchar lo que privilegia la “efectividad”, e incluso la medida?

Si los medios (o los métodos) desmitifican, sus resultados rematan la didáctica de la desilusión. En efecto, la interioridad es acosada, desalojada; las funciones más fantasmeadas, como las más reticentes a las investigaciones instrumentadas, son desplegadas, exhibidas, y por ello mismo pueden ser dominadas.

Tres de las últimas fortalezas acaban de caer, lo que no hace sino trastornar nuestro mundo moderno:

I/ Primero, la fisiología se apoderó de la procreación y de sus fases; le es posible por consiguiente fecundar el ovocito extraído y asegurar su desarrollo (los primeros días del embrión) artificialmente, por fuera del nido uterino, por lo que se ha popularizado la expresión “bebé-probeta”. Podría llegar el momento en que el ginecólogo prescindiera por entero de la madre y no verse obligado a reintroducir en ella lo que ha sido concebido por fuera de ella.

Desde ya, se entrega a inverosímiles manipulaciones (inseminaciones, madres sustitutas), tanto con el esperma como con la simiente femenina. La fecundación, la misteriosa creación de un ser constituía una barrera infranqueable; ahora bien, la actual medicina le ha dado ya la vuelta parcialmente; ella puede prevalerse de vencer la esterilidad. No es difícil prever los diversos movimientos causados por un tal dominio (a la vez efracción y exteriorización), así como los riesgos considerables que pueden derivarse de ello.

II/ Nos parece que la biomedicina (las neurociencias) atacó recientemente otro “bastión” que parecía inexpugnable; de acá el empuje de lo que se llama la inteligencia artificial

Finalmente, la corteza (la red neuronal) se parece a una máquina que almacena, integra y trata datos; también sabe reconocer las formas; con la ayuda de las reglas, o del programa con el que se le dote y que se le enseñe, saca correctas inferencias. Ahora bien, la arquitectura típicamente “neuronal” de

los programas se inspira en la estructura de la corteza y sus interconexiones. En medicina se llega bastante pronto a un increíble embrollo; se debe contar entonces con tres actores: primero el cerebro; luego la máquina que trata de sustituirlo (en lo que concierne tanto a los juicios como a las decisiones), lo que nos pone en presencia de los “sistemas-expertos” capaces del diagnóstico como del pronóstico; y tercero, el terapeuta-informático, que se ha desdoblado y ha fabricado ante sí, gracias a su experiencia y a sus automatismos, un “áster ego” al que interroga o consulta; de acá en adelante este zanja con más rapidez y seguridad que él.

En resumen, se han construido computadores portátiles –cerebros inteligentes, situados afuera de la caja craneana– que, con la ayuda de datos que ellos pueden fácilmente almacenar, y de las reglas (el algoritmo) que igualmente han grabado, inducen y diagnostican, en el caso de las enfermedades más endiabladas. ¿No es esta una conquista, un aclaramiento de nuestras actividades mentales, una simulación de resultados específicos?

III/ Un tercer candado acaba de saltar; de ello resulta una medicina de la prenatalidad, la posibilidad de discernir en el genoma (los diversos cromosomas) las eventuales alteraciones que ya ha sufrido, de donde la predicción de algunas patologías hereditarias (como la mucoviscidosis).

Es ya posible evitar la amniocentesis, la extracción del líquido amniótico en el que se baña el embrión; es suficiente con extraer un poco de sangre de la madre, porque algunas células fetales pasan a través del filtro placentario y circulan en aquella que lleva al niño, y suscitan incluso reacciones inmunitarias. El investigador podrá, a través de ellas, conocer el patrimonio genético, las primeras anomalías o el sexo de ese niño. De este modo, el embrión no resiste el que iluminemos sus potencialidades.

La procreación incluso, la inteligencia artificial, la patología prenatal; en suma, la medicina, luego de haber triunfado en el curso de los siglos sobre lo vegetativo (el corazón, los pulmones, los riñones, el hígado, etc.), acaba bruscamente de extenderse, de morder a la vez sobre lo que pertenece a la especie (la reproducción) y sobre lo sensoriomotor, así como sobre las operaciones cerebrales complejas.

Hemos evocado los medios, luego los resultados, de la fisiopatología; su convergencia salta a la vista. Los unos y los otros no dejan de movilizar la filosofía epistemológica de la inteligencia de la vida que sin duda hemos “oscurecido” o mistificado demasiado. Sin llegar a lo que la reduciría o la achataría, conviene levantar los velos que la ocultan; nosotros siempre regresamos a la “evidenciación”, al paso de una interioridad relativa a una exterioridad que respete aún a aquella y la revele.

Pero aún no hemos caracterizado el acto médico propiamente dicho. Yo lo percibo como algo que tiene que ver con lo fantástico y con lo terrorífico. Sea que el clínico recurra a la instrumentalización de visualización o de análisis, sea que busque descubrir algunos índices apenas perceptibles, o también que él cuente con la anamnesis (el pasado) del enfermo, él sustituye un organismo ya comprometido, en el que el sufrimiento, la decadencia y la muerte no tardarán en introducirse, por un cuerpo aparentemente “con buena salud” (o tal vez apenas inquieto por algunos síntomas que lo han empujado a consultar).

Recordamos que Pierre-Étienne Martin –nuestro primer maestro y un clínico sin par– era excelente en lograr la teatralización de lo mórbido. Un muchacho aparecía en el anfiteatro. El Maestro lo interrogaba (respondía con jovialidad y tranquilidad a las preguntas que le parecían sin duda o ridículas o insignificantes). Lo examinaba, lo palpaba, percutía su tórax. Apenas había entonces abandonado la escena, venía la predicción porvenir más sombría; el pronóstico fatal eclipsaba aún el siniestro diagnóstico. En algunos meses ya no existiría.

Curiosamente, el Maestro impasible anunciaba por adelantado las etapas del calvario que lo asechaban. El telón de las apariencias había sido, de repente, desgarrado, para que pudiéramos apercibir lo que avanzaba, aún de forma muy queda. Apenas se les solicitaba a los exámenes de laboratorio la confirmación de lo que había sido precisado.

¿Efecto de anfiteatro y de escenificación? Confesemos que para la época, las técnicas estaban menos desarrolladas que hoy; por consiguiente, el “sentido clínico” (el famoso ojo clínico) debía suplir esa carencia; después se embotó, tanto que entramos en la edad de los sistemas-expertos. Sin duda se trataba claramente de una medicina de gran espectáculo, pero todo acto médico tiene que ver por una parte con la tragedia. El médico –como el coro que se lamenta por lo que le espera al héroe– presiente a menudo el inexorable desenlace que él tratará solamente de retardar, de moderar, pero que se impondrá fatalmente.

Es verdad que el médico se oculta a sí mismo su angustiante trabajo, en la medida en que se activa, corre de un paciente al otro y entrega los remedios que temperan o difieren los plazos. O también se refugia, cada vez que puede, en ejercicios menos ligados a la crueldad (cura el malestar, prescribe terapias suaves, recomienda regímenes de higiene).

La enfermedad llega tarde que temprano, a causa de nuestra vulnerabilidad, pero también porque la muerte se aloja en el corazón del organismo. Al comienzo toma formas mínimas –la esclerosis, la rigidez, la lenta degeneración, a veces incluso algunas pre-necrosis: las células cerebrales, por ejemplo, que no se renuevan, desaparecen ellas mismas, y por tanto su número va disminuyendo, lo que afecta nuestras posibilidades de aprendizaje o de conservación. La muerte

nos apresura más con el tiempo; suspende ciertas fisiologías (la menopausia, la andropausia); nos quita la flexibilidad; nos entrapa y ralentiza los metabolismos celulares de base.

El médico está llamado –como veedor de lo patológico– a leer esta degradación que se cumple en el fondo de nosotros (la afección que cuida solo constituye un episodio, una ligera agitación o un hervor momentáneo); él también sustituye por las apariencias siempre engañosas las ineluctables transformaciones que ellas ocultan.

Rápidamente se topa con problemas insolubles: ¿deberá responderle al paciente que le pregunta y lo hará partícipe del contenido de sus aprehensiones (palabra esta de doble sentido: lo que aprehendo pero también lo que me temo)? ¿Se va a andar con rodeos? ¿No es mejor la mentira que tranquiliza que la verdad que mata? En qué juego arriesga entrar: ¿disimularles a los unos lo que le dirá a los otros (a los parientes)? o entonces ¿deslizarse él mismo entre palabras vagas, ambiguas? Es verdad que el hospital lo libra de estas dificultades, puesto que el paciente entra en una megamáquina donde las responsabilidades se diluyen. El jefe de clínica remite a los “internos de servicio” que, a su vez, se escudan y se escabullen tras la coartada de los exámenes que se esperan. Y esto que no hemos tenido en cuenta los “casos embarazosos”, aquellos en los cuales los médicos están divididos, mientras que muchas terapéuticas son enfrentadas.

Pero el clínico taladra y se adelanta a los datos. Lo esencial de su arte reside en el “pronóstico”, la evaluación de una situación evolutiva.

Cuántas veces he visto a médicos aguerridos dudar, multiplicar las investigaciones objetivas complementarias, pasar su tiempo eliminando hipótesis (con miras a un diagnóstico llamado diferencial), mientras que, en un solo instante el Maestro, sensible a un aspecto mínimo de la “escena” patológica, abría la vía al verdadero juicio y aclaraba de un solo tajo lo que parecía indescifrable.

Sin caer en la idolatría tecnicista, no minimizamos el peso de la instrumentación, pero continuamos pensando primero que el detector más sutil, el más seguro y el más premonitorio sigue siendo el propio enfermo –y es claramente esta, también, la lección que ha sabido dar Georges Canguilhem, filósofo de la medicina si hay alguno– con la condición de que no descuide las advertencias más discretas o los signos más en sordina, aquellos por los que la afección se insinúa en él, mientras que al comienzo ella podría ser yugulada. El más poderoso aparato no puede igualar esa sensibilidad a los primeros trastornos. Nuestro cuerpo vibra con el menor soplo.

El técnico podrá oponernos que este último también se equivoca; no dejamos de “somatizar” nuestras propias angustias; no debemos comenzar a parar

bolas al menor trastorno que nos indisponga. Pero lo que el biotécnico considera como una manifestación histérica, no debe ser ni descuidado ni menospreciado; se trata aún aquí de una perturbación somatopsíquica que es preciso no tomar a la ligera. Ella también expresa todo un conjunto y debe ser “escuchada”. Y no busquemos ahora separar lo patológico y lo que lo simula, porque son por lo demás inseparables.

Este proceder clínico –que por un lado debe trascender la vivencia pero que, por el otro, debe dedicarse a ella y no dedicarse sino a ella– explica el lado fascinante y específico de la medicina: la preocupación por las apariencias y al mismo tiempo su alejamiento, sin contar el contexto trágico dentro del cual ella se desenvuelve.

Los múltiples exámenes solo vienen en un segundo momento; deberán negar o corroborar la hipótesis; esta supone entonces el “sentido clínico” nacido de la larga frecuentación de los enfermos y de la sensibilidad a los signos y a los índices (nosotros también distinguimos los signos que el clínico reconoce, y sobre todo solicita, de los síntomas, lo que el propio paciente experimenta. Los unos y los otros no siempre coinciden).

Contrariamente a lo que se hubiera podido creer, el proceder médico (disciplina semiológica por excelencia), apenas si difiere del tipo de lectura que enseñaba la institución filosófica; en este último lugar también conviene inquietarse por las más mínimas palabras, por la forma de la construcción argumentativa, por las recuperaciones textuales ligeramente desajustadas, por las variaciones mínimas, por las eventuales renegaciones (porque desaparecen palabras), por los préstamos (una especie de epidemiología semántica), etc. La diferencia viene, sin embargo, de que los filósofos no pueden liquidar sus “conflictos hermenéuticos”, mientras que el laboratorio allanará el de los médicos. Además, la lectura en la biblioteca enfurtida de los libros del pensamiento nos aleja del sufrimiento y de la muerte que atraviesan el texto patológico enigmático.

En suma, entonces yo habría cambiado una hermenéutica blanda y liviana por una violenta y frecuentemente insostenible.

Un error arriesga con deslizarse en nuestros desarrollos. Nos preguntamos si, por lo demás, las teorías médicas no han cedido aquí.

Para nosotros, el hecho de haber permanecido exteriores a la clínica nos permite este juicio audaz de evaluación crítica que favorece el distanciamiento.

El cuerpo humano está indiscutiblemente unificado y parcialmente interiorizado. Lo certifica la noción fundamental de “medio interior” que lo caracteriza. Se cerró sobre sí mismo (la clausura defensiva) y así aseguraría su autonomía que roza la autarquía. Cuando una sustancia indispensable le llega a faltar la

fabrica a partir de cercanas de que dispone; innegablemente anula –guardadas todas las proporciones– sus déficits y compensa sus insuficiencias.

¿Pero dónde reside el error? La superficie, el tegumento estratificado (pues él se descompone en muchas capas) va a salir de acá aparentemente desacreditada, como si representase el exterior en el interior, o en torno a él. Se parece al muro, a la barrera defensiva y estanco que impide toda penetración; o también ella funcionaría como un simple continente que envuelve el contenido.

Dentro de nuestro cuerpo, los órganos esenciales no escapan ellos mismos a la obligación de una segunda envoltura (pleura, meninges, peritoneo, pericardio) con el fin de estar al abrigo de lo que podría afectarlos e impedir sus incesantes movimientos.

Por ejemplo, se mantiene la idea de un viviente constituido por auto-encajamientos destinados a la hiper-protección. Esta especie de paradigma, menos médico todavía que filosófico, se remonta a la noche de los tiempos y se inspira probablemente en nuestros primeros gestos; hay que desembarazarse de las películas, mondar las legumbres, abrir las vainas, pelar las frutas, romper las conchas, con el fin de acceder a la sustancia nutritiva (la pulpa, el jugo, el grano, la carne). Se valoriza lo que se encuentra atrás o bajo una pared resistente; ¿acaso no oculta la tierra sus tesoros en el fondo de ella misma (los fabulosos metales)? La filosofía general precipita la orientación hacia la profundidad, allá donde se alojan lo frágil y la esencia misma.

¿Es que la patología no ha cedido también a la tentación que acabamos de evocar, la que disminuye la visibilidad o la superficie, y por esto la apertura de los cuerpos a la búsqueda de una sede para el mal localizado visceralmente? ¿Por qué siempre alojar la afección en una oscuridad inaccesible o casi, sino con el fin de intensificarla (como un enemigo taimado, pérfido, que se agazapa lejos de la mirada)?

¿Dónde reside pues el error que queríamos denunciar, si no en ese relativo descrédito en el que una disciplina importante (la dermatología) es mantenida?

Ahora bien, el revestimiento cutáneo que se juzga “exterior” no deja de participar en el todo en el que se inserta y que lo comprende. No podría ser por ello aislado, incluso si nos pone también en presencia del medio (el afuera). ¿Qué se volvería lo interno sin este aparente exterior-centinela que lo rodea? Él también vive por y con el entorno; requiere ser avisado (ya por el sentir), al mismo tiempo que se ofrece demasiado a él, corre los peores peligros. La epidermis deberá ya resolver esta primera contradicción; ser tocado, impresionado, sin ser alterado; frágil tanto como coriáceo.

El estatuto de interfaz (exterior e interior mezclados) favorece el deslizamiento, pero recordemos solamente que las constantes (la homeostasia) interiores

implican, entre otras cosas, el juego termorregulador así como el que decide sobre el volumen hídrico; por tanto, estamos hablando de la intervención de la capilaridad y de las glándulas sudoríparas, es decir: la participación dérmica. No partamos más nuestro cuerpo en dos: por un lado, la insularidad cerrada sobre sí, y por el otro, un borde inerte y solamente protector. No los separemos.

De todo esto resulta ya una consecuencia metodológica que la clínica no ha tenido suficientemente en cuenta: antes del desencadenamiento o el arranque de las sondas o aparatos que perforan, a la búsqueda de lo que se nos escaparía, aprendamos a recoger los signos ofrecidos. En la superficie misma ise levantan los primeros índices! Beneficiémonos de este hecho, de que un aparato esencial está él mismo extendido y desplegado, que nos es suficiente entonces con escrutarlo. Nos informará tanto como la gota de sangre o el trazado eléctrico; nos abrevia súper-signos. No busquemos siempre demasiado lejos ilo que nos está ofrecido directamente! Evitemos la trampa que denuncia Edgar A. Poe en *la Carta robada* contra las “excavaciones, perforaciones, barrenas, sondas, exámenes al microscopio”¹⁰.

“Yo más convencido quedaba de que para ocultar aquella carta el ministro había recurrido al más amplio y sagaz expediente de no tratar de ocultarla absolutamente”¹¹.

No entramos demasiado en el análisis fisiológico del revestimiento cutáneo, pero mencionemos, sin embargo, que no existe ninguna función vital que no lo implique o no lo suponga. No se encuentra pues al margen. ¿Bebemos, comemos, respiramos con nuestra piel? Seguramente. La alimentación (la absorción) sigue sus propias vías, pero algunas sustancias metabolizadas (esteroles) necesitan la energía solar, y por tanto, a nuestra epidermis que la recibe, para terminar su propia transformación (la vitamina D), a tal punto que la lucha contra el raquitismo supone la vida a pleno aire y a la luz.

Se ha notado la rareza de esta osteopatía en las regiones tropicales. Si bien es verdad que los esquimales, que viven la mitad del año de noche, tampoco la conocen es porque ellos beben aceite de hígado de bacalao que contiene ese indispensable factor antirraquítico, él mismo, a su vez, responsable de la regulación fosfo-cálcica. ¿Quién habría pensado en conectar el sol y el hueso (por el sesgo de la exposición al aire y a la luz)?

Otro dato bien conocido que echa un puente entre la alimentación y la epidermis, tan alejadas la una de la otra; todos conocen el caso de tal o cual persona, de cara ligeramente aceitosa pero súbitamente enrojecida, encendida, luego

¹⁰ *Op. cit.* Librodot.com p. 9.

¹¹ *Ibid.*, p. 11.

de comer fresas o pescado (los trofalergenos más conocidos). ¿Contienen estos potencialidades histamino-liberadoras? Siempre ocurre que al menor contacto de esos “antígenos” con la mucosa digestiva, esos sujetos quedan agarrados por una crisis de calores y de extrema congestión.

Lo que nos sorprende es la importancia del sistema inmuno-defensivo de la dermis (el SALT, el Skin Associated Lymphoid Tissue); la mayor parte de los neuromediadores, que operan en las sinápsis cerebrales, funcionan también “en la superficie”. Es verdad que la piel y la cerebralidad derivan las dos de la misma hoja embriológica, y por esto, este dipolo “periferia-centro”.

De la misma manera, no hay patología que no se refleje en el exterior, donde el clínico avisado logra pillársela: las enfermedades que afectan las vísceras más profundas se señalan por medio de dolores sentidos en el plano cutáneo (los puntos apendiculares, la irradiación del dolor precordial a lo largo del borde interno del brazo izquierdo). El propio Hipócrates había conectado los trastornos bronco-pulmonares con las deformaciones digitales que, a menudo, los acompañan: la uña “como cristal de reloj”, la hipertrofia de la pulpa de los dedos, etc. Se entiende el mecanismo (los cánceres bronquiales están acompañados de síndromes llamados paraneoplásicos de origen cutáneo, producidos entonces por sustancias cercanas a las hormonas del crecimiento).

Vamos a considerar solo estas tres proposiciones generales:

- 1) no existe función fisiológica central sin su correlato externo;
- 2) no hay patología que no sea seguida de recaídas epidérmicas visibles;
- 3) nada hay más sorprendente en patología que notar el abandono de la lectura directa en provecho de exámenes sofisticados y medianos.

Paradójicamente, la dermatología institucional acepta, por así decirlo, el desfavor relativo que la concierne; primero, se la desposee de sus propios territorios (el melanoma maligno quedó en manos de los cancerólogos; el acné, de los endocrinólogos; el eczema al alergólogo; la esclerodermia para el reumatólogo, etc.); segundo, ella misma solo debía conservar o anexarse las ETS (enfermedades de transmisión sexual), la sífilis, el chancro blando, el SIDA, bajo el falaz pretexto de que esas enfermedades, si ellas afectan la piel como la mayor parte de las otras, se propagan por “contagio”. ¿Por qué entonces no añadirle otras patologías como la tuberculosis? Al quedar asociada así a las enfermedades sexuales, la “dermato-venerología” ha firmado, al menos en la opinión pública, su degradación.

Pero lo que más nos perturba viene de que la medicina, la escuela de la visibilidad (o de la legibilidad) haya sido ganada, tocada también por ese demonio

que empuja a mirar del otro lado del espejo; o también que haya disminuido (metodológicamente hablando) “el simple observable” (la consulta, una palabra que incluye también el sentido de “observar”). El examen directo atento constituye, por lo demás, la mejor escucha del enfermo (“el ojo escucha”). Y nosotros vamos hasta imaginar los beneficios de kinesioterapias apropiadas (relajación, masaje, compresión, diatermia, multi-estimulación) con el fin de producir efectos sensoriales irradiantes, y de permitir sobre todo sedaciones (del dolor). Sin duda la acupuntura no busca otra cosa que no sea atacar el sistema nervioso autónomo, y la probable liberación de endorfinas. ¿Por qué no modificar el conjunto corporal (lo general) por lo local, o incluso lo vertical (dispuesto en profundidad) por lo horizontal? ¿No se realizan también desensibilizaciones por intradermo-reacciones repetidas?

Finalmente, el ser viviente, para subsistir, ha comenzado por encerrarse poco a poco en o sobre sí mismo; se ha agazapado bajo una concha, o una caparazón, o un exoesqueleto. Pero este “enmurallamiento” lo aislaba y lo aprisionaba. Un segundo volteo deberá borrar el primero (el viviente renegará de sí o negará lo que había sido efectuado, aquello por lo que había negado la exterioridad con el fin de interiorizarse).

Pondrá afuera lo más sensible y lo más ágil (la sensorio-motricidad, lo nervioso mismo, piel y cerebro). Solo dejará adentro lo primitivo, lo vegetativo propiamente. El animal evoluciona a la inversa del protozario-planta.

Y si la instrumentación biomédica tiende a remontar a la superficie lo que ocurre adentro de nuestro cuerpo, la semiología recoge lo que se dispone sobre el tegumento, donde la enfermedad no dejará de imprimirse. No opongamos pues el enfoque utillado y la dermatología! Pero renuncio aquí a mis exhortaciones o a mis remarques directivas.

Luego de los estudios de medicina, decidí tener una formación en neuropsiquiatría. En aquella época, la neurología avanzaba sobre la psiquiatría. Para entonces escuché y seguí la enseñanza de un psiquiatra, de una rareza brillante y deslumbrante: Marcel Colin que practicaba al mismo tiempo la medicina legal, la medicina de los muertos. Sabía rodear de cuidados lo que tenía que ver con lo simbólico. Había constituido un conjunto (la sociopatología) de muchos actores: no solamente el médico y el enfermo, sino la familia, el barrio, la policía, las profesiones.

Es cierto que una golondrina no hace verano; algunos otros no hacían sino escupir su jerga en presencia de los enfermos que estaban igualmente perdidos en sus delirios sin fin. En este universo pirandeliiano, uno no sabía ya dónde se situaba la locura o la realidad. Las barreras habían caído. ¿Cómo no echar entonces de menos la época de las disciplinas llamadas básicas y más

sistematizadas? ¿Se puede soportar la “indeterminación” o la desaparición de las referencias, la existencia de algunos puntos fijos? El galimatías filosófico-psiquiátrico me descorazonaba y me congelaba.

Entonces abandoné la Facultad de Medicina y me fui a la de Ciencias; me esperaba un baño de juventud. Entré en el universo abundante de la enseñanza de la química; seguramente que la bioquímica, pero también la general, la estructural, la orgánica, por no decir todo lo tocantes a ella, la cristalografía. La medicina verdadera conduce allá, e incluso la neuropsiquiatría que comenzaba a entrar en la era de los neurolépticos (la quimioterapia).

Sin embargo, apareció una molestia; cuando uno está joven no experimenta ningún malestar en sentarse en un anfiteatro. Ya con cierta edad, uno se pregunta pronto si no está afectado de una neurosis infantil-escolar, dado que no puede abandonar las sillas de la universidad.

No vamos a entrar en el análisis de este largo recorrido, de esta renovación. La alegría era doble no tanto por el hecho de alejarme de la psiquiatría lenguaraz, sino que reencontraba, de forma más profunda, lo que había sido aprendido al comienzo de la medicina (la bioquímica).

Pasamos por alto lo que concierne a la física de las moléculas, las teorías de enlaces, la química de los hidrocarburos o de los plásticos, los principios de la materialidad organizada, de la síntesis o de los análisis más sutiles.

En un momento dado, por accidente pero en el marco de los estudios de cristalografía que prolongaban los de estructuras complejas, fui llevado a seguir enseñanzas apasionantes sobre las ciencias de las rocas que englobaba la de los paisajes (la geomorfología).

Sin confundir las disciplinas, reencontré aquí un poco lo que la clínica me había enseñado: la devoción por los menores índices, la sensibilidad por los accidentes, por las excavaciones, por los derrumbes, por las salientes, por los hundimientos, por los deslizamientos. La tierra era, o bien un inmenso libro, con caracteres o un alfabeto gigante (la geo-escritura), o bien una inmensa epidermis enferma, pues estaba llena de grietas, de erupciones o de arrugas.

Un curso anual tuvo que ver incluso con la “yacimentología”. Se trataba de saber cómo la industria (antes de pensar en “sacar dinero con engaño” carotter, o lanzar en un yacimiento su taladro con sus medios de aspiración) es informada por adelantado de la probable presencia de minerales o de hidrocarburos buscados. ¿No es esto, *mutatis mutandis*, el equivalente de una búsqueda médica que sondea también el cuerpo humano y que explora su sub-suelo? Paralelamente, la geología histórica se dedica a mostrar cómo, en el presente, es posible encontrar las trazas de un ultra-pasado completamente diferente. ¿Cómo reconocer que

un mar de los más agitados se extendía allí donde ahora tal o cual ciudad, en su calmo valle, no cesa de crecer? Las novelas de ciencia-ficción, o las películas fantásticas no llegan tan lejos como la geomorfología!

Pero hay otro motivo de admiración; el mineralogista, como por lo demás el químico orgánico, iguala ampliamente al clínico por la exuberancia de su nomenclatura; ¿dónde leer o escuchar, tanto como allá, palabras sabias de consonancia greco-latina, con etimologías evocadoras, con construcciones metódicamente dispuestas?

Es evidentemente posible que se rice el bucle, puesto que la literatura filosófica, la patología hospitalaria y la geoquímica terminan por confluír y por converger (una semiología comparativa, la ciencia de los relevos y de los índices).

Todas formarían la ciencia general de los cuerpos, los más complejos, los más arborescentes, e incluso, gracias a la química general que se preocupa por las arquitecturas o por las configuraciones, una comprensión del, por o en el espacio mismo, es decir: las esterorganizaciones.

Capítulo tercero

El fin de un reino

¿Es verdad, según usted, que las cuestiones ético-jurídicas se imponen sobre todas las otras? ¿Por qué se preocupa usted por ellas?

Antes de responderle, me gustaría desmontar dos críticas que me suelen hacer.

a) La primera viene de que nosotros no damos el brazo a torcer en lo que se llamará el “fenomenismo”.

Este término reprobador supone él mismo que es necesario superar las apariencias y que importa llegar hasta lo que las sostiene.

¿No es esto mantener la exigencia ontológica a la que hemos querido escapar? Esta palabra negativa de “fenomenismo” (uno se habría restringido a los fenómenos mentirosos o superficiales o no-fundamentados) implica el descontento de los que no toleran esta perspectiva. Si la juzgan tan oscura es porque ella presupone su despecho.

Para nosotros, solo existe un mundo. Conviene explorarlo y aprender a conocerlo mejor.

b) Pero en este caso ¿no quedamos atrapados, *ipso facto*, por la dispersión?

Nos parece, sin embargo, que todos los filósofos han estado amenazados. Ninguno ha escapado. ¿Cómo reprochárselos?

Por ejemplo, Bergson, con una filosofía tan unitaria, se comprometió en el examen físico (*Duración y simultaneidad*), lo neuropsicológico (la cerebralidad de *Materia y memoria*), lo biológico (*La evolución creadora*), lo estético (*La risa*), lo religioso y lo moral (*Las dos fuentes de la moral y de la religión*), etc.

Y lo mismo ocurre con todos, clásicos o modernos. Se requiere abrazar, reunir. Nadie abarcará suficiente.

Es la razón por la que, luego de la medicina y de las ciencias experimentales (las facultades de Medicina y de Ciencias), entramos en otra provincia de nuestro mundo, el de las ciencias jurídicas (la Facultad de Derecho).

Le confieso que no he conocido nada más apasionante; comparativamente, el resto pierde un poco de su brillo. Finalmente, penetramos en un universo concreto, el de los hombres mismos, el de los conflictos y de la injusticia. ¡No hay filosofía sin consideraciones sociopolíticas o éticas! No existe filosofía si no se tienen en cuenta los dramas! La moral, al menos lo que así se llama, sigue siendo el corazón mismo o lo esencial del pensamiento filosófico. Ahora bien, las disciplinas jurídicas se le añaden naturalmente.

La vida humana –antes de conocer la enfermedad– está tejida de innumerables y dolorosos conflictos: entre el marido y su mujer, entre el propietario y el inquilino, entre el empleador y el empleado, entre el vendedor y el comprador, entre los vecinos, entre la parentela, entre un poder represivo omnipotente y un sujeto al que aplasta. ¿No será necesario tratar de encontrar una respuesta a todas esas violencias? ¿Pero cuál? ¿Y cómo fundamentarla?

A guisa de preámbulo, para ofrecer un abrebocas de los diferendos que envenenan las relaciones sociales, saquemos de lo cotidiano algunos ejemplos de procesos difíciles de arbitraje.

1) Conviene reparar el mal que se comete, incluso involuntariamente. Luego de un accidente de tránsito un tuerto queda privado de su único ojo; ¿en qué consiste exactamente el perjuicio, la pérdida de ese ojo o la ceguera?

¿Hay que atenerse al solo efecto (la consecuencia directa del traumatismo) o encargarse del conjunto deficitario (que excede la causalidad estricta)? ¿Qué hay que tener en cuenta? ¿Dónde reside la justicia?

2) Un “sacerdote obrero” ha sido echado del trabajo. No solamente acababa de publicar un artículo consagrado a su experiencia de trabajador asalariado (y allí había criticado algunas prácticas industriales patronales) sino que omitió indicar, a la hora del enganche, su verdadera identidad (debía llenar un cuestionario que proveía un cierto número de informaciones sobre quien entra a la empresa).

¿Será reintegrado? ¿Lo exigirán los tribunales *ad hoc* y la inspección del trabajo?

Por una parte, se ha castigado indirectamente la libertad de expresión; por otra parte, en lo que concierne a la segunda queja, se han confundido la vida privada y la pública, mientras que la una no podría servir acá para entorpecer la otra. ¿Ha habido una falta profesional, o es necesario luchar contra el poder discrecional del empleador?

3) Otra fuente de rencores y de controversias viene de esa nebulosa constituida por la calumnia, la maledicencia, la difamación.

Se ha publicado recientemente la declaración de renta del patrón de una gran empresa; los periódicos han divulgado y precisado sus fabulosas ganancias. Le fue denegada su demanda por “perjuicios e irrespeto a la vida privada”. ¿No se buscaba hacerle mal?

O en el mismo sentido, anota que un ensayista (J.-J. Servan-Schreiber) ha sido duramente condenado por haber revelado, en una de sus obras (*Passions*) que el presidente de Consejo, Paul Reynaud, en compañía de su amante (una espía nazi) había buscado huir de Francia (por la frontera española) llevando consigo maletas llenas de lingotes de oro. Los herederos de Paul Reynaud demandaron al escritor que los había deshonrado.

El Tribunal, en su juicio, estipula que “las revelaciones de la vida amorosa de Paul Reynaud no están justificadas ni por la investigación histórica ni por las necesidades de la información; ellas constituyen una agresión intolerable con respecto a sus herederos”.

Por nuestra parte nosotros rechazamos estos considerandos. La vida privada de un hombre público ¿no termina por hacerse pública en la medida en que la una puede suscitar la otra? ¿Y cómo negar que el conocimiento de nuestro pasado nacional exige esas precisiones sobre la conducta personal de un hombre de Estado?

De este modo, a través de estas tres situaciones sucintamente evocadas (la reparación de los errores, el despido, la desaparición de la vida privada) tomamos ya conciencia de la importancia de los principios del derecho, de la dificultad de aplicarlos, al mismo tiempo que nos sumergimos –siguiendo el deseo del filósofo– en la vida concreta y real de los individuos. No es el mundo de la enfermedad, sino aquel bastante cercano, de los males (ligados a la injusticia) y de los antagonismos, el de las “situaciones o casos” los más embarazosos.

Para llegar al fondo del asunto, los filósofos confían en una tesis que nosotros no defendemos tanto como ellos, aunque ella haya reinado durante siglos: es la tesis llamada del “derecho natural”, la justicia en sí.

Este término (natural) reviste, por lo demás, muchos sentidos:

I.- Para poder decretar normas aplicables a todos, y susceptibles de zanjar equitativamente las oposiciones, conviene (según la doctrina nacida en el siglo clásico) invocar al hombre en y con sus incomprensibles exigencias, indispensables para su desarrollo: la necesidad de seguridad, el gusto por una sólida sociabilidad, el deseo de evitar los conflictos o el principio de la conservación. Esta doctrina se modernizó y se volvió la defensa de “la persona humana”, de donde derivan derechos imprescriptibles, es decir, que nadie puede transgredirlos y que incluso su desconocimiento no impedirá que continúen valiendo.

II.- Natural se opone sobre todo a lo convencional (y por tanto, a arbitrario) porque la ley coercitiva viene de la razón misma y, por tanto, deberá aplicarse a todos (tiene que ver con lo universal, por no decir con lo necesario).

Muy próximo de este sentido todavía (casi sobrenatural) implica tanto lo trascendente (el en sí) como lo cuasi-tautológico, a causa de su simplicidad. Ejemplos: el daño que se ha causado ¿no se requerirá repararlo? ¿No habrá que entregar un depósito que se recibió?, ¿aceptar una pena que compensaría el delito?, ¿no apoderarse de un bien que pertenece a otro?

III.- lo natural significaría también “lo que se impone por la naturaleza misma de las cosas”; el niño demasiado débil debe ser protegido por sus padres; para ello conviene otorgarles a estos el “derecho” de decidir por él, y por tanto, la autoridad parental legitimada.

Los iusnaturalistas generalmente han construido bellos sistemas, en la medida en que recurren al método geométrico o deductivo (los *jura connata*): a partir de algunos axiomas evidentes y lógicos, sacan sus consecuencias.

Esta incomparable escuela encuentra sus raíces en Platón, en el Aristóteles que Cicerón retransmitirá, en santo Tomás y el Medioevo. En los siglos XVII y XVIII, laicizará este ideal que la razón aprende a conocer y a desarrollar (Grotius, Puffendorf, Locke mismo, Montesquieu). ¿No hay que sostener una ley o un reglamento en un fundamento, sin el que pierden su poder? No es suficiente con poner (lo positivo) o con declarar un enunciado; el derecho rechaza, por principio, la pura y sola “factualidad”.

En efecto, el enemigo del derecho natural, la *lex humana*, el *jus positivum* –lo inverso del *jus naturales* (finalmente poco diferente del *jus divinum*)– privilegia la sola “forma” procedimental. De alguna manera solo se sostiene en su autosuficiencia y solo está subordinada a la regularidad de lo que ha prescrito. El origen de esta concepción relativista se remonta a la Antigüedad (los sofistas). Guillermo de Occam, el nominalista, la retomará: él separa la moralidad de la juridicidad; desacraliza la vida político-administrativa. Los hombres son llamados a regular, ellos mismos, a su manera, sus problemas. El derecho habría sido

demasiado contaminado por una ética trascendente (lo permitido, lo obligatorio, lo prohibido parecen nociones que pertenecen, en efecto, a los dos registros). El siglo XIX, más aún, buscará disociarlos; el término positivo (pariente al menos en el lenguaje de la filosofía positivista de A. Comte) privilegia la tecnicidad, emancipada de toda base metafísica.

Comprendemos perfectamente el fervor del filósofo por la doctrina del derecho natural; ella le permite reencontrar en él (la pendiente idealista, la subordinación a una instancia lógico-ideal) lo que debe resolver los problemas sociopolíticos. Una vez más, el mundo lo reabsorbemos nosotros, lo evaporamos. Pero, si nos privamos de este fundamento, ¿en qué apoyar la norma? En efecto, nos es difícil permanecer en el "derecho positivo", en el sistema cerrado de una codificación, a la vez coherente y susceptible de aplicación, que encontraría entonces en sí misma, y solo en ella, su validez. ¿A qué aferrarnos? Nosotros estamos tan alejados del derecho de los filósofos como de la filosofía de los juristas, entregados éstos a la positividad estricta, a la pura efectividad.

De este modo el jurista nos recordará que los que se pueden casar han de tener 18 y 15 años, o también que para divorciar basta con el consentimiento mutuo. Él no hace ningún juicio de valor y no va más allá del texto aprobado. Así es actualmente, esa es la ley. No dirá nada con respecto a si a los 18 y a los 15 años los esposos parecen o demasiado jóvenes o demasiado viejos, o tampoco que el matrimonio debía ser indisoluble. Se limita pues a enunciar el régimen que prevalece, no sin imaginar que bien podría cambiar. Le deja al moralista los problemas de apreciación. Por lo mismo al derecho le faltan bases (como le pasaba al antiguo empirismo, del que ya hemos hablado antes) y tanto más cuanto que creemos apercibir, en las legislaciones, artículos o proposiciones que no se avienen bien entre ellos. Según que se considere uno u otro, se sacan efectos opuestos.

Y dado que hemos rechazado ya los apoyos tradicionales, ¿sobre qué, Dios mío, nos vamos a sostener? Además de esta cuestión, se darán cuenta sin dificultad lo que nos cautiva en las disciplinas jurídicas; abramos simplemente el Código Civil de 1804, está repleto de datos pintorescos, que nos ayudan por ello a reencontrar el mundo del que siempre corremos el riesgo de perder (siempre es asunto de los conejos de campo, de los panales de miel, de las palomares, de los mercados y de las hipotecas, de las sucesiones, de las servidumbres, etc.). Pero sobre todo, la codificación no deja de tener conexiones con la nosología (la clasificación de las enfermedades, el conocimiento de los casos); conviene prever las principales ocurrencias, "categorizarlas", ordenar lo real con el fin de aplicar la reglamentación.

Sin embargo, el mérito del Código napoleónico proviene del hecho de que no busca encerrar el detalle de las acciones o de las relaciones humanas, sino que

prefiere atenerse a las grandes líneas, en una lengua clara y breve. Se coloca por encima del baturrillo situacional y puede, por lo mismo, encuadrarlo.

Ante la incompletitud (un caso nuevo e imprevisto), el Tribunal sabrá suplir las lagunas de base; buscará entrever, a través de los principios, lo que hubiera podido ser decidido; contará con las analogías, solicitará trabajos preparatorios que le aclararán sobre la letra del tal o cual artículo, se inspirará en precedentes históricos (la jurisprudencia), tanto y tan bien, que el texto, por acá ampliado y como comprimido, sustraído a sus indeterminaciones, proveerá la solución, pues no hay nada que no encuentre su lugar. De esta manera nos reencontramos de nuevo en el dominio de las disciplinas semiológicas o textuales (que englobaban los diferentes tipos de lectura y que incluían tanto la patología como la geomorfología).

Por lo demás, el juez no puede prevalerse del silencio, de la oscuridad o de la insuficiencia de la Ley para escurrirle el bulto a una decisión. Si no se pronuncia, incurre en graves sanciones.

Por otra parte, no debe ampararse en ese pretendido “vacío jurídico” para atravesar el texto e ir a su “espíritu”. ¡Debe atenerse a la letra! *“Ubi lex non distinguit, non distinguere debemus”*, “no debemos distinguir allí donde la ley no distingue”.

Si se entrega a muy audaces interpretaciones, termina por sustituir al legislador (la jurisprudencia no podría ser una fuente de derecho; ella debe contentarse con aplicarlo). La forma misma cuenta más que el “fondo”; si a veces es necesario arrancarle su sentido, no debemos perder el contacto con el enunciado y la materialidad textual.

El Código Civil, a mitad de camino entre lo empírico y lo racional –uno de los libros más famosos, como uno de las más peligrosos, como lo mostraremos– no deja de brillar también por sus multi-construcciones en términos de principios; si, por ejemplo, el que muere no ha dejado ningún testamento que exprese sus voluntades, conviene ponerse en sus zapatos e imaginar lo que él hubiera podido decidir, a nombre del cual se repartirán sus bienes entre los descendientes (los hijos llamados “naturales”, que han nacido de padres no casados, ni entre ellos ni con ningún otro, que se distinguen de los “adulterinos”, nacidos de la unión de uno de sus padres con un tercero, unos y otros entrarán en la repartición), los colaterales y los ascendientes (el derecho sucesorio), sin contar con que muchos miembros de esta constelación pueden morir al mismo tiempo, lo que complica el asunto; de ello resulta un verdadero tablero de numerosas casillas. Y este es apenas un sector entre muchos otros, igualmente ramificados y estructurados.

El derecho no puede pues sino apasionar al filósofo –y principalmente al metodólogo o al historiador de las técnicas– en la medida en que él recorta

lo real, y lo administra. Pero además, la evolución de los instrumentos, de los procedimientos o de las habilidades repercutirá sobre él. Pero el filósofo no se atenderá a un análisis de esta mega-máquina. Suscribimos ya la remarca del diplomático inglés al congreso de 1815: “Es inútil destruir Francia, el Código Civil se encargará de ello”.

En efecto, bajo su apariencia lógica, con sus fundaciones tanto religiosas como metafísicas, él eleva el monumento teórico más funesto. Contrariamente a sus pretensiones latentes a la inmutabilidad, debido a su coherencia sistematizada, y a pesar de la “Declaración” que lo solemniza, habrá que pulirlo.

Un primer neo-derecho también se pone a incubar dentro del antiguo, como si la fortaleza abrigara a su enemigo, o al menos a su competidor. Si algunos juristas defienden, cueste lo que cueste, la tradición y las visiones conservadoras, algunos otros intérpretes de la ley aperciben en ella con qué darle vuelta y privarla de su nocividad, al mismo tiempo que sustituyen por nuevas bases las antiguas que resisten mal los golpes de una realidad compleja. Aquí interviene el filósofo; no podría desinteresarse de esta lenta transformación que nos conduce hacia un derecho portador de porvenir, el que restaure un tejido social roto. ¿Qué fundamento le daremos? Vamos a descubrirlo.

Es bastante evidente que no apreciamos para nada las bases del edificio napoleónico, que remite en demasía al “derecho natural”; visiblemente el texto se inspira en la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de 1789, que sirve ella misma de preámbulo a la Constitución de 1791 (la libertad, la propiedad, la seguridad, lo que excluye el arresto arbitrario).

Ahora bien, esta igualdad de derecho –a pesar de las desigualdades de hecho e incluso contra ellas– se nos aparece como un espejismo; sirve demasiado de oculta-misericordia de la dura realidad en la que están instaladas las diferencias más insostenibles. La igualdad verdadera debe ocuparse no tanto de la de derecho sino de la de hecho.

Yo puedo, por ejemplo, presentarme a un examen, o a un concurso de la República, si cumplo con algunas condiciones indispensables. ¡No existe discriminación en función de las diferencias de raza o de opiniones! Partimos todos juntos, desde la misma línea. Pero los que nacieron y han vivido en un medio cultural ¿no terminan por imponérseles a los que no han sido preparados para la intelectualidad? El verdadero problema no consiste en poderse presentar sino en lograr ganar. La igualdad de derecho enmascara excesivamente los desequilibrios más perjudiciales. El Estado nos tranquiliza cuando distribuye “becas” a los más vulnerables, o cuando abre establecimientos escolares o parques biblioteca; pero la fiebre no está en las sábanas; lo que hay que favo-

recer es la entrada de los desheredados en una cultura que no sea la de la calle o la de su medio, asistir el acceso a la abstracción y a una cierta interioridad reflexiva, estimular emocionalmente la aparición de otro modo de vida (además del “proletariado económico”, a veces ligeramente corregido, importa reconocer la existencia de un “proletariado afectivo” que se difunde, y el más difícil de combatir, el “proletariado cultural”). Antaño, en aldeas y pueblitos la Iglesia lograba reducirlo porque festejaba lo imaginario, el “más allá”, cultivaba la ascesis; su retroceso social ha dejado un vacío, mientras que florecen súbitamente las técnicas de estupidización y de valorización materiales, por parte de los *mass-media*, y los desarrollos comerciales.

Una igualdad de derecho, incluso fraternizada –que no conduce a una igualdad de hecho y que se acomoda con la pobreza de los valores que se consumen– puede seducir, pero engaña. ¡Piénsese primero en luchar contra la indigencia de los medios de transmisión de los saberes, y contra las carencias de las comunicaciones realmente transformadoras!

Pero debemos aportar la prueba de lo que afirmamos, la emergencia de una especie de primer neo-derecho que corroe al antiguo.

1) El Código de 1804 puso en el corazón de su fortaleza reguladora la noción de contrato, que según el artículo 1101 se define como: “una convención por la que una o muchas personas se obligan ante una o muchas otras a dar, a hacer o a no hacer alguna cosa”, ya se trate de matrimonio, de una compra o de una venta, de un trabajo o de un arriendo.

¿Cómo no alegrarse, filosóficamente hablando, de esta victoria de los compromisos voluntariamente consentidos? De ello resulta que: a) a todo sujeto se le reconoce la posibilidad de escoger con quién contrata. b) podrá discutir el contenido del acuerdo al que se compromete. c) se pronunciará sobre su duración y las condiciones de su rompimiento o terminación. La libertad lo comanda pues por entero; y ella se realiza en él. Incluso la “propiedad” derivará de un contrato; lo que queda por fuera de los contratos es la fuerza.

Puede que actualmente haya que alegrarse de que en dominios específicos ninguna de estas tres “libertades” se conserve... a) el Estado hoy puede inmiscuirse para evitar que los más astutos le arranquen su consentimiento a los más débiles; b) el Estado puede exigir la firma de contratos de aseguramiento a favor de terceros; c) el Estado puede obligar el cumplimiento de obligaciones pactadas en convenciones colectivas, o decretadas como salario mínimo.

La noción de contrato nació de una concepción atomística, subjetivista e individualista que por lo demás obstaculiza la marcha del mundo moderno.

Errores, violencias, lesiones ocultas, dolos... efectos de esos contratos son hoy reprimidos buscando la ventaja de lo público sobre lo privado. Esas descripciones valorizadoras de los contratos se han revelado utópicas; hoy el régimen contractual está vigilado, estipulado e impedido, si es el caso.

2) En el corazón del derecho, donde truena la libertad, se encuentra también la noción de responsabilidad. La responsabilidad civil, por ejemplo, estará regida por la lógica de la indemnización, haciendo que el derecho suene moderno cuando insiste en la responsabilidad más que en la culpa.

El interés que se le presta a la víctima tiende a alejar la acusación, y por tanto la condena del autor presunto del daño. Y para reparar a la víctima, se desarrollará todo un amplio sistema de aseguramiento que hará finalmente que “todo el mundo pague por todo el mundo”. Responsabilidad objetiva y colectiva a través de los seguros obligatorios (seguros de accidentes, Seguridad Social, riesgos profesionales, etc.).

3) A la tercera noción, la de propiedad que hace visible la libertad, le he dedicado un largo ensayo: *Filosofía de la propiedad, el tener* (1992)¹². Los propietarios de tierras, de industrias y comercios han logrado a lo largo de estos dos siglos pos-Revolución, tales provechos y beneficios, que al capitalismo que se ha desarrollado ha llegado el momento de cortarle las alas para disminuir su poder, ese que contamina los aparatos de decisión, impone su imperio y corrompe las conciencias de los funcionarios, en detrimento de los que debería o pretendía servir.

En suma, contrato, responsabilidad, propiedad, que fueron los pilares del primer neo-derecho, hoy se ven limitados y asediados por un segundo neo-derecho, cuyo fundamento ya no es tanto la “defensa del individuo o de la persona (teoría ya antigua y que se ha revelado destructora)” sino la anticipación del futuro y el aumento material de la riqueza del que todos deberían aprovecharse. Y el filósofo debe participar en las luchas que favorezcan la emergencia de las legislaciones anunciadoras de un porvenir más igualitario.

a) ¿Cómo no obligar a las industrias a un eco-desarrollo? ¿Cómo no penalizar a quien destruye en su solo provecho, lo que todos pueden reivindicar?

b) La candente cuestión de la repartición de las dos vidas (pública y privada) es de extrema actualidad, dados los desarrollos tecnológicos de los medios de vigilancia, de control, de registro y de comunicación.

¹² Tr. Paláu, Medellín, 2007 – junio – agosto de 2009.

c) la biología ha venido a sacudir las bases del derecho... Donación de órganos, interrupción voluntaria del embarazo, eutanasia, procreación médica asistida, organismos genéticamente modificados... A estos temas se han dedicado obras como *Una nueva moral: familia, trabajo, nación* (1998)¹³. *Considérations sur l'idée de nature*. Reescritura de *Naturaleza* de 1990¹⁴. *Comme se sauver de la servitude?* París, 2000¹⁵. *Questions interdites*. 2002¹⁶.

¹³ Tr. Paláu, Medellín, abril de 2006 – marzo de 2009.

¹⁴ Tr. Paláu. Medellín, enero de 2006.

¹⁵ ¿Cómo salvarse de la servidumbre? Justicia, escuela, religión. Tr. Paláu, Medellín, abril de 2009.

¹⁶ *Cuestiones prohibidas*. Tr. Paláu. Medellín, julio de 2008 – mayo de 2009.